This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

G868.84
F765ml Formas, Adolfo.
Misceláneas.

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS
G868.81
F765n1

go/OK to drill

ADOLFO FORMAS

MISCELÁNEAS

PRIMERA SÉRIE

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA
DE S. A. GARCÍA VALENZUELA
BANDERA 41

1904

SUCURSAL KIRSINGER
GALLARDO Hnos
SUCESORES
AHUMADA 393

ADOLFO FORMAS

MISCELANEAS

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA I ENCUADERNACION UNIVERSITARIA
DE S. A. GARCIA VALENZUELA
BANDERA 41
1904

S. A. GARCÍA V.
IMP. UNIVERSITARIA
SANTIAGO

LIBRARY
UNIVERSITY OF TEXAS
AUSTIN, TEXAS

El Valle de las Violetas

(LEYENDA)

DEDICATORIA

Marchar por el mundo, con paso lento i tranquilo, sin hacer gran ruido, derramando luces suaves i benignas, a semejanza de las estrellas; eso es parecerse en algo a las modestas i humildes violetas, las cuales, siempre perdidas entre bosques de verdes hojas, por su delicioso perfume, son la envidia de las flores mas hermosas.

El *Valle de las Violetas*, que es una «verídica Leyenda» la dedico a la señora VITALIA HEN DE V.: sus amigas i amigos juzgarán, si el argumento de la Dedicatoria está o nó bien escojido.

EL AUTOR.

ERA un delicioso panorama en el cual, en fondo verde esmeralda, se veian brillar por aquí i por allá, como las estrellas del cielo, las modestas i fragantes violetas; blancas unas,

1105921

rosadas otras i tambien azules i moradas. I bien, ¿por qué en tan dilatado espacio, en muchas millas a la redonda, nada mas que violetas, i ningun otro representante de los reinos de Flora? ¿Era acaso por desprecio de las flores mas bellas hácia aquellas mas humildes i modestas? Tales preguntas fórmulaba en mi mente a la vista de este misterioso valle de violetas, donde ninguna otra flor se permitió abrir su linda corola. ¿Cómo encontrar una esplicacion satisfactoria de tal prodijio? Pero, éste no demoró en llegarme bajo la atractiva forma de una mui verídica tradicion. Habia en el lugar próximo, que lo componian algunas rústicas cabañas, habitadas por honradas i pobres jentes, un representante de dos o tres jeneraciones; un venerable anciano que a la fecha contaba ciento i tantos años. Dirijirme a él en busca de la solucion de la enigmática existencia del prado de las violetas, me pareció lo mas acertado. En efecto, este simpático anciano conservaba unas pocas pájinas escritas por un viajero que hacia dos siglos habia pasado por ahí i atestiguaba lo siguiente, como visto por sus propios ojos.

Era una clarísima mañana de estío, que convidaba al dulce reposo. Yo estaba en medio de un bosquecillo tan fresco i risueño como salido de las manos de alguna hada. Era un verdadero capullo fabricado en la falda de una suave colina, a cuyos piés se ostentaba, en una inmensa planicie, todo el reino de Flora, adornado con el esplendor i las galas que la alegre primavera le habia dejado al pasar. En efecto, todo lo que abarcaba mi vista era un delicioso prado donde brillaban como piedras preciosas las flores mas bellas, fragantes i graciosas.

En esos momentos el silencio era profundo, sin contar, se entiende, con ese dulce murmurio que produce, ya un hilo de agua cristalina que va serpenteando por entre el tallo de las plantas,

ya el ruido de los cefirillos al acariciar las verdes hojas, o ya el sordo sumbido de los mil brillantes i alados insectos que liban la miel en las mas hermosas i artísticas copas de variados colores.

En una paladra, en este momento de dulcísima tranquilidad, parecia tener mi espíritu todas las ambiciones de la inmortalidad, porque se sentia inmensamente feliz. Sumerjido, pues, en la mas dulce melancolía i soñando despierto como un oriental, me apercibí de que lindas mariposas blancas, doradas, azules i rosadas, iban de flor en flor, como quien dice algo al oído, porque éstas se estremecian en sus tallos, i se conocia que era de placer, a juzgar por los lindos reflejos que por un momento brillaban en sus pétalos de mil formas i matices.

Las brillantes mariposas seguian yendo i viniendo con inaudita rapidez: eran las mensajeras que venian a hablar al oído de las flores, las cuales, a su vez, reverberaban como diamantes espuestos a los rayos del sol, porque, sin duda, las animaba en ese momento algun sentimiento del mas celestial placer.

Yo estaba absorto de ver lo que sucedia; pues, tanto era el ir i venir de las mariposas blancas, doradas, azules i rosadas i la febril ajitacion de las lindas flores i tanto el esplendor de que se habian revestido, como para un dia de supremo regocijo.

Lo único que comprendia bien claramente, era que yo estaria de mas en este concierto de universal regocijo. Era, pues, necesario ocultarme lo mas posible, i a la vez, que se me hiciera intelijible lo que las mariposas blancas, doradas, azules i rosadas decian al oído de las lindas flores.

Esto no me era fácil; pero, hai momentos en que el hombre, así como es susceptible de convertirse en un sér tan obtuso como un topo, tambien los hai en que, rompiendo su capullo material, así como la crisálida, se transforma en una especie de sér alado que puede entenderse con la naturaleza entera.

I luego, yo que habia sido en otro tiempo grande amigo de unos sapientísimos magos, que alguna ciencia infusa me inculcaron, tuve en esos momentos tan lúcida intelijencia, que me permitió comprender mui claramente el lenguaje de las flores, de las mariposas i de los céfiros.

Estos últimos llegaban en ese instante, en forma de alados Cupiditos, todos ellos, de diez leguas a la redonda, anunciando al oído de las flores que en tan dilatado espacio no se divisaba la silueta de un solo hombre, es decir, el amo, el rei, el soberano absoluto, el único que por su total ausencia hacia brillar este rayo de libertad en el hermoso pais de las flores.

Era, pues, el hombre la nube negra, por cuya ausencia absoluta en diez leguas a la redonda, se mostraba tan radiante este pequeño mundo en que se ajitaban tan ardientes corazones, tan delicados perfumes i tanto regocijo por la sagrada libertad.

I con la llegada de los últimos cefirillos, en forma de Cupiditos de alas verdes como esmeraldas i de otros de alas purpúreas como rubíes, repitiendo por última vez que ni aun la sombra del tirano se divisaba en diez leguas a la redonda; i luego, que en esos lejanos confines quedaban en observacion las dulces brisas de mas alíjeras alas, para anunciar cualquier peligro; i entonces ví que cada flor se ajitó de tal manera en su tallo i reverberó con tan bellos colores, que parecióme que todas ellas iban a romper las cadenas que tan bárbaramente las sujetaban a la madre Tierra, e iban a seguir en su rápido vuelo a las lindas mariposas blancas, doradas, azules i rosadas i a los lindos cefirillos, los unos de alas verdes como esmeraldas i los otros de alas purpúreas como rubíes.

I tanto como brilla el lucero en oscura noche, así en pleno dia brilló una luz mas clara que la del sol: todo quedó en silencio i sosiego, sin que una sola hoja se ajitara; las flores palidecieron i tomaron el color de las blancas azucenas, i las mariposas i cefirillos plegaran sus alíjeras alas de brillantes colo-

res. Era la misma diosa Flora que acababa de desprenderse de la corola de una Reina de la Noche, de esa flor de mil pétalos blancos i brillantes como la nieve.—Al principio fué una vaga luz que poco a poco fué tomando las formas divinales de las hadas, hasta que al fin apareció en toda la plenitud de la celeste belleza de la reina de las flores, i de sus labios de rosa, como un canto divinal, brotaron estas palabras: «Salud, flores bellas, encanto de la naturaleza, estrellas de la Tierra, hoi rivalizareis en ardientes colores, en divinos matices i en ricos perfumes con vuestras hermanas de la Arabia Feliz, i la mas dulce de las felicidades, que es la libertad, será en este clarísimo dia con vosotras».—I esto diciendo, ajitó su varilla májica, i un solemne estremecimiento de júbilo i de loca alegría recorrió todos los ámbitos de este pequeño eden, i se sintió algo así como el sonido de metálicas cadenas que se rompian i cada flor se lanzó al espacio en vertijinosos movimientos i en jiros mas rápidos i graciosos que el de las mariposas blancas, doradas, azules i rosadas.

Las primeras flores que rompieron sus cadenas fueron las rosas purpúreas, color de fuego, que brillaban como luceros entre sus hermanas; les siguieron las rosas blancas como la nieve i las doradas como rayo de sol; i en seguida, las lilas, los jazmines i las azucenas de albos pétalos, los rosados i azules jacintos, las anémonas de variados i dulces matices, las hortencias, los lirios blancos i azules como el cielo, las blancas i rojas amapolas, las dalias purpúreas i doradas de aterciopelados pétalos, los bellos tulipanes, las hermosas peonías de color de la rosada aurora...I, en fin, vinieron las últimas, las humildísimas violetas, unas de resplandeciente blancura i otras del mas precioso color celeste i, en ese momento, fué tal la fragancia que se esparció por todo el ambiente, que aun las mismas rosas i jazmines palidecieron de envidia.—I las bellas flores se ajitaban ya como brillantes torbellinos, ya corrian i voltejeaban a todos los vientos o ya se remontaban hácia el cielo, esperando

llegar hasta los palacios del Sol.—Ya no eran las hijas cariñosas de la madre Tierra, de cuyas entrañas habian nacido, solo querian ser las hijas del Sol i de la bella Aurora, de esa diosa que en forma de hada, viene todas las mañanas a rociarlas con chispas de perlas i diamantes. Sí, ya querian abandonar para siempre a aquella que dia por dia i a toda hora, las alimentaba con su inmortal savia.—A cada momento la ajitacion de las lindas flores era mas febril, mas loca, mas embriagante; pues, ya la dulce libertad se iba convirtiendo en activo veneno. I luego, de en medio de este torbellino deslumbrador, de esta constelacion de estrellas de mil colores, oí distintamente, en el lenguaje de las flores, este cántico, como salido de gargantas divinales: «Dulce libertad, no nos abandoneis de hoi mas, con vos se vive en la gloria, i sin vos siempre estaremos en la mas nefanda esclavitud, siempre prendidas a las faldas de nuestra madre Tierra; con vos tenemos por alcázar el espacio infinito, i sin vos, solo un palmo en que pueden ajitarse nuestros pétalos; con vos llegaremos hasta los palacios de nuestro padre el Sol, que nos da fragancia, vida i hermosura, i sin vos, volveremos a jemir entre las cadenas con que nos aprisiona nuestra madre Tierra».—I el dia declinaba i el padre Sol se hundia en el misterioso ocaso, i la diosa Noche vendria luego a envolverlo todo en su estrellado manto, i las lindas flores aun cantaban el himno de la libertad; i al brillar el último celaje de la tarde, la rebelion se declaró fulminante con estas últimas palabras: «No queremos de hoi mas ir a prendernos a la falda de la madre Tierra, queremos ir a los palacios de la bella diosa que en forma de hada viene todas las mañanas a rociar nuestras corolas con chispas de perlas i diamantes».—I en balde la diosa Flora ajitaba su varilla májica describiendo círculos misteriosos, porque solo las humildes violetas vinieron a prenderse de nuevo a las faldas de la madre Tierra: las demas ¡ai! en su loco desvario de ir hasta los palacios del Sol, permitieron, antes que perder

su dulce libertad, que la diosa Flora, reina de las flores, describiera airada con su varilla májica el triple círculo de las Parcas.....».

Al despertar del siguiente dia, adivinad, lectores de esta verídica historia, que es lo que ví. Os lo diré: nada mas que violetas en todo el horizonte que alcanzaba mi vista: El orgullo i la gratitud habian sido castigados i la dulce humildad, premiada..... Dí las gracias al bondadoso anciano i me despedí, habiendo satisfecho plenamente mi curiosidad acerca del *Valle de las Violetas.*

El Amor

Era un tribunal i era a la vez, como un estrellado cielo; millares de ánjeles luminosos, eran como otros tantos soles que brillaban alrededor de una luz de una hermosura sin igual: era una diosa en cuya celestial frente, como estrellas del cielo resplandecian la Belleza, el Bien i la Verdad.

I las mas sonrientes Virtudes, hijas del divino Amor, principiaron a desfilar como si fueran otras tantas flores a quienes la diosa Aurora acabara de darles el vivido color de los matutinos arreboles.

I el ambiente se llenó de perfumes i de suaves i melódicos acentos, que parecian brotar, como por encanto del estrellado firmamento.

I la diosa de las tres luces divinales, con voz mas dulce que el de las celestes auras, así dijo a la austera Virtud, que se llama del Patrio Amor.

—Celestial estrella ¿quién sois?

—Soi la diosa que da al ser mortal el aliento de los dioses, la pujanza de los titanes i el desprecio por la dulce vida, cuando es necesario defender de algun enemigo, la patria querida.

Yo levanto el humano espíritu hasta las esferas cristalinas donde solo se bebe el néctar que enjendran inspiraciones sublimes i divinas.

Allí retemplo el humano corazon, como el herrero retempla el acero, i lo hago digno de los hórridos combates i lo hago mirar con la impavidez de un inmortal a la siniestra muerte cuando se cierne en el aire imitando de fierro i plomo al horrible huracan.

Yo doi al ser humano, despues de los hórridos combates, el amor de la dulce paz, la cordura que asfixia i aplaca las innobles ambiciones i la sabiduría para gobernar el timon i la vela de la barquilla, cuando a las tempestades suceden las dulces i saludables brisas.

Soi la diosa que en las horas áljidas apaga todo otro amor, así tan rápido como el agua apaga el fuego, como la *luz* destruye las tinieblas i como la *verdad* destruye el error.

Sí, hai en el corazon humano flores mui bellas, todas hijas del divino Amor, pero, luce entre ellas como un lucero, que apaga toda otra luz, aquella flor que tanto imperio ejerce en el humano corazon, que se llama del Patrio Amor.

I en fin, diosa de hermosura celestial, yo doi al ser humano, con solo mi aliento, la grandeza de los dioses, cuando arrancándose del pecho todo otro sentimiento que no sea del patrio amor, se arroja a los combates con la misma altivez i serenidad que si fuera el dios Marte.

I la celestial diosa del Bien, de la Belleza i de la Verdad, dirijiéndose a una otra Virtud, le dijo:

Sois tan hermosa como la estrella de la mañana. ¿Quién sois?

Yo llevo en mi pecho un pedazo del lácteo cielo i en mi corazon llevo una celeste flor que se llama del Materno Amor.

Mi divinal mision es grandiosa, yo sustento en los humanos i femeniles corazones, tesoros inagotables de amor para esas nacientes flores del jardin terrenal, que entre los humanos constituye la dulce i florida infancia; i tambien doi a la madre ese blanco néctar que corre por su pecho, a semejanza de ese rio que corre por el estrellado cielo, que se llama la Vía Láctea.

Yo soi la diosa de los eternales amores, la que da a la femenil humanidad la santa resignacion, la dulce abnegacion i la mística castidad. Yo hago que esta humana flor que se llama *madre*, sea para la débil infancia una especie de divinidad, llena de todos los tesoros imajinables, desde la sonrisa, que es para el niño lo que es para el verjel un rayo de Sol naciente, hasta el dulce arrullo i hasta el sabroso i blanco néctar, que es como la dulce miel de las flores para los insectos alados de variados colores.

Yo doi al ser humano, que lleva el dulce nombre de madre, tantos tesoros para el corazon, que el divinal i femenil cerebro, dobla ante él sus luminosas alas, apaga sus resplandores i rompe su cetro de astro soberano. I solo queda a la madre para alumbrar su terrenal camino una luz, una estrella, que es el amor infinito del hijo idolatrado.

Mi imperio terrenal es grande, es inmenso, porque va desde la empírica rejion del ser pensante e intelijente hasta donde las luces ya no existen, va hasta los reinos tenebrosos de los feroces carnívoros i de los siniestros reptiles a golpearles el formidable corazon.

I los gloriosos dias i años i siglos de siglos de la humanidad, están colgados de un solo hilo, que es el Amor maternal.

I en fin, yo soi tambien la diosa que doi a los músculos de esa débil flor que se llama *madre*, toda la fortaleza del acero i del bronce, i a su corazon, la mas ciega abnegacion i varonil enerjía, cuando una nube cualquiera se cierne en ese cielo que ha fabricado para su estrella querida. Entónces ¡hé aquí una gran metamórfosis! la alada mariposa que llevaba alas color de rosa, para dar luz, calor i vida a la dulce infancia, se convierte, ante una nube cualquiera, en águila arrogante i formidable, capaz de remontar su vuelo hasta el empíreo cielo para destrozar la nube que presajiaba un peligro para el hijo querido.

La mujer madre, es madre de todos los heroismos.

Una nueva Virtud brilló como un Sol. Era una diosa que llevaba en su frente dos estrellas tan iguales i bellas como las que en el cielo llevan los nombres de Cástor i Pólux.

I la diosa de la Belleza, del Bien i de la Verdad, le dijo:

—Sois la imájen de la dulce Aurora, cuando abre las puertas del claro dia, ¿quién sois?

—Soi la diosa de la Amistad i del Amor Fraternal. Mi divisa son esas dos estrellas que fúljidas brillan en mi frente, imájen de dos corazones que se unen para protejerse i sostenerse mutuamente. Son dos corazones que a todas partes van juntos, las distancias mismas no los desunen. Fiera la tempestad puede amenazar o descargar su furia sobre la cabeza de uno, cuando ya el brazo del amigo o hermano está pronto para salvarle o perecer juntos.

Esto es tan bello, que creo que ello se asemeja a la plácida luz de los cielos cuando abarca amorosa entre sus brazos a la suave oscuridad de la noche i la levanta dulcemente a mezclarla con el claro dia.

LIBRARY
UNIVERSITY OF TEXAS
AUSTIN, TEXAS

Los idilios de la fraternal amistad, son tan puros como el agua cristalina del limpido arroyo que eternamente va murmurando la dulce cancion con que las náyades i las ondinas celebran su plácida felicidad.

En efecto, el amigo cae del cielo, no se le busca: ámbos vienen talvez de polos opuestos, i no importa si es a Buda, a Brahma, a Confucio, a Cristo, a Mahoma..... al que cada uno dirije su plegaria.

Hai, pues, una dulcísima i misteriosa simpatía que a pesar de todo, los hace ir juntos como dos naves que marchan en convoi por el gran piélago del ancho mar.

Esto es lo que yo, diosa de la Amistad i del Amor fraternal, inoculo en el humano corazon. I si os he de decir mi última palabra, excelsa diosa del Bien, de la Belleza i de la Verdad, este sentimiento es tan nobilísimo que, cuando llega a prender en el ser humano como prende en su tallo la jentil i hermosa flor, este grandioso sentimiento no envejece, i léjos de eso, cada dia se hace mas lozano i fragante, o mejor, si se quiere, siempre jóven, jamas muere.

No estrañaria que los celestiales coros pulsaran sus arpas al sentir los pasos de dos amigos, imájenes de los celestes Cástor i Pólux.

Resplandeciente de majestad i belleza, alumbró en seguida una Virtud coronada de áureas espigas, que brillaban como si fueran rayos del Sol.

I la excelsa diosa del Bien, de la Belleza i de la Verdad, le dijo:

—Eres mas bella que la mas lúcida estrella ¿quién sois?

—Yo soi la diosa del Amor Conyugal. Yo llevo dentro de mi pecho ardientes rayos que infiltran en los humanos corazones la sávia de la vida universal. Yo soi la diosa que hago de las

1105921

mas lindas flores i tambien de las mas fragantes, jemelos corazones que, aun cuando lejanas tierras los separen, como las mariposas, revoloteando i haciendo jiros infinitos, poco a poco, se van acercando, hasta que en un bello dia, ámbas flores, cual ardientes llamas o lúcidos diamantes, se ostentan sobre una misma rama.

I en seguida, llega otra mañana en que aquellas dos flores, a las dulces caricias de un ardiente rayo del Sol matinal, ámbas dilatan sus pétalos, se tocan, i cual si fueran dos gotas de agua se convierten en una sola.

Yo soi la diosa que hago esta matamorfósis de dos humanos corazones que se unen en uno solo para hacer el gran camino de la terrenal vida.

I desde ese momento principia el Conyugal Amor a ser la antorcha que guia, ya por el suave o por el áspero camino de la existencia a dos humanos séres que, al nacer de cada dia, sienten que son los únicos tripulantes de una frájil navecilla que navega por el ancho mar de la vida.

Ambos deben ser espertos pilotos, porque, a medida que la nave yende las olas, ya sea que éstas sean mansas o sean bravías, i a medida que el tiempo corre, la barquilla va llenándose de hermosas flores, que cual otros tantos alegres gallardetes, van embelleciendo i dando vida i alegria a la dichosa barquilla: flores que entrelazándose unas con otras, van formando una cadena de eslabones de oro, o sea otros tantos rubios querubines, que, uno por uno, han venido ingresando en la feliz nave cuya estrella polar es el tranquilo i dulce Amor Conyugal.

I en fin, excelsa diosa del Bien, de la Belleza i de la Verdad, así como el astro radiante del dia en las horas matinales va sembrando su camino de hermosas flores, i luego elevándose majestuosamente por los espacios, va dando en cada momento mas fuerza i calor vital a sus dorados rayos, hasta que llega al zenit en plena majestad, poder i belleza, i en seguida, poco a

poco, declina hasta perderse, un tanto débil i fatigado entre las brumas del ocaso, pero dejando tras de sí el cielo sembrado de lucientes estrellas: no de otra manera, os digo, excelsa diosa del Bien, de la Belleza i de la Verdad la pareja conyugal, hace su camino imitando al dios Sol, al principio, jóvenes i felices, van derramando placer i alegría en su hora matinal; mas tarde, al medio dia, viene la majestad paternal, i mas tarde aun, como todo lo que es mortal, se hunde en las brumas del ocaso, pero dejando tras de sí una pléyade de vivientes estrellas que van a ingresar en las filas de la humana familia, que es inmortal.

Tambien desfilaron por el olímpico tribunal, las dos divinas Virtudes, la diosa del Amor Filial i la del Amor que proteje a los amantes, que llamaremos, el Amor Primaveral. Ambas pasaron derramando flores i perfumados olores; celestial melodía despidieron sus labios de rosa al anunciar sus nombres a la sublime diosa del Bien, de la Belleza i de la Verdad, la cual, con la sonrisa de los inmortales, igual en dulce alegría a la que producen los rayos matutinos del astro del dia, las saludó como a las mas hermosas flores del jardin sideral, las que llevan en sus rojos labios el néctar mas embriagador i la mas dulce ambrosía, con que los hijos regalan a sus padres i se regalan entre sí los jóvenes amantes.

En fin, llegó su turno a otra Virtud, de continente tranquilo i de melancólico rostro, pero de gracia sin igual, a quien la soberana diosa del Bien, de la Belleza i de la Verdad, le dijo:

—Sois la imájen de la noche, pero de una noche serena, resplandeciente de brillantes estrellas, dime ¿quién sois?

—Yo soi la diosa del Amor al Prójimo, o de la sublime Cari-

dad. Yo inoculo en el humano corazon ese sentimiento divino que se llama compasion i lo hace apto para sufrir lo que otros sufren, para llorar con los que lloran, para aliviar al desvalido i para protejer al niño i al anciano.

I cuando el corazon humano ha llegado a comprender esta sublime belleza i a paladearla, como si fuera la celestial ambrosía, el desvalido se convierte en el hijo o el hermano a quien no se le pregunta quién es, de dónde viene i para dónde va.

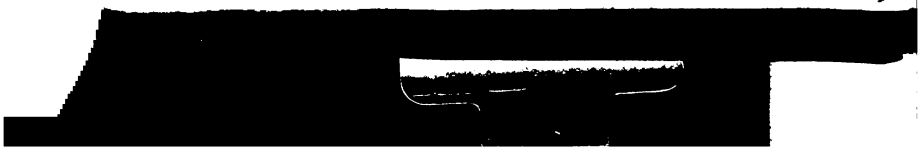
El socorro debe ser como el de la lluvia benéfica que da vida al áspero abrojo i a la delicada flor; como el rayo de Sol que al nacer en la mañana, va inoculando vida i calor, tanto a la venenosa planta, como a la que es del mas benéfico alimento i dulce sabor.

Yo soi la diosa que hago al humano corazon apto para vivir léjos de los palacios donde brilla la felicidad i la opulencia, léjos de los que van por el mundo brindando salud, fuerza i alegría, léjos de los que van encerrados en la dura concha del molusco, como el avaro i el egoista i en fin, léjos del gran mundo en que brilla sereno el cielo, las brisas son dulces i apacibles i las aguas son cristalinas i de suaves corrientes, i en donde, dia i noche se oye el canto del Ruiseñor i, por tanto, hago al corazon humano apto para ir por los ásperos caminos, por los suburbios de las ciudades, a traves de la choza donde se encuentra el niño desnudo i hambriento que llora, del labriego que ya se doblega como la robusta encina al peso del crudo tiempo i del anciano ya doblado por los años; i en fin, a traves de esas casas de insanos, de hospicios i hospitales, donde está la humanidad mas doliente, mas desvalida i mas digna de la mano amorosa de la Sublime Caridad.

Excelsa diosa del Bien, de la Belleza i de la Verdad, permitidme que os diga que no soi tan dichosa en este amor al prójimo, que se llama Caridad, porque el ser humano aun no ha

alcanzado i está mui léjos de ello todavía, para que su corazon se desprenda de su tosca envoltura i pueda brillar como el diamante, con luces tan bellas i tan puras.

I la excelsa i sublime diosa del Bien, de la Belleza i de la Verdad, levantándose de su trono envuelto en luces celestiales, abrazó dulcemente a todas las hermosas Virtudes, todas diosas de algun amor divinal, i ademas, besó en la frente a la diosa Caridad.



El 21 de Mayo

I

Canto, no los primeros i dorados albores del dia ni de la callada noche sus misteriosos encantos, que son para el alma, dulce i suave ambrosía.

II

Canto, no las flores de que viene coronada la bella primavera, ni de la celeste bóveda la gloriosa i eternal lumbrera.

III

Canto, no la ciencia del noble espíritu, fuente purísima i clara, ni la humana belleza cuando se ostenta mas refuljente que el astro de la mañana.

IV

Canto, sí, del humano corazon, un sublime i santo sacrificio hecho en aras del patrio amor; el altar fué el inmenso mar i en ese dia lo mas grande que alumbró el sol.

V

Canto, sí, una efusion sublime i divina del alma inmortal, flor cándida i mística que, mas que de la tierra, hija parece de rejion celestial.

VI

Canto, en fin, de guerreros chilenos una excelsa victoria i consagro palmas i laureles a los que fueron mártires i héroes i dieron a la patria eterna gloria.

VII

Era el 21 de Mayo, i eran de Chile dos débiles i pequeñas naves que, en las horas matinales de ese dia, en las aguas de Iquique, tranquilas se mecian, cual en sosegado estanque dos solitarias aves.

VIII

I puro i límpido estaba el inmenso mar, reflejándose allí la imájen del astro del dia como si fuera en espejo de purísimo cristal.

IX

Un ambiente puro, un cielo azul i el suave murmullo de las olas del mar, llenaban el espacio de dulce tranquilidad, pero, en el disco del sol venia escrito que ese dia para Chile, sería dia inmortal.

X

I tambien en esas horas matinales, como signo precursor de gloria, i mas que en otro dia, vibraban en su cielo azul, mil rayos de luz, de la estrella de mi patria querida.

XI

Nada presajiaba en aquellos momentos las iras del iracundo mar i, sin embargo, para dos naves de Chile se aproximaban horas mas solemnes que cuando las ondas amargas se amontonan i rujen a impulso de formidable i siniestro vendaval.

XII

Muerte i esterminio se cernian, pues, sobre la estrella refuljente, que es de Chile el emblema sagrado, allí donde todas sus glorias, con mil rayos de luz, irán eternamente grabados.

XIII

Pero, allí están para defenderla centenares de guerreros de

levantados pechos i corazones acerados, dispuestos a lidiar con las iras del mar o con pujante enemigo que quiera ultrajar de Chile el pabellon inmaculado.

XIV

I, sin embargo, todo estaba sereno, el cielo i el mar, i al parecer, hasta los mas hondos abismos de la inmensidad reflejaban plácido sosiego i tranquilidad.

XV

Pero, estaba escrito que, en medio de la mas sonriente naturaleza i a la faz de su deslumbrante esplendor, dos pequeñas naves, *Esmeralda* i *Covadonga*, grabarian en ese dia, una pájina de la historia de Chile, tan bella i tan radiante como la luz del sol.

XVI

¡Se aproxima ya la hora tremenda! i no obstante, los céfiros matinales, entre sus pliegues lijeros, no traen un solo acento del sordo ruido que hacen por el ancho mar, dos monstruosos encorazados mas formidables i lijeros que los vientos desencadenados.

XVII

De improviso, de las enemigas naves, dos columnas de negro i denso humo, rompen el límpido horizonte, i a la vez, los rayos dorados del sol naciente, lanzan chispas de centellante brillo al reflejarse sobre sus cascos acerados.

XVIII

¡Esmeralda i *Covadonga!* mil tempestades del océano, talvez os dejaron paso a algun rayo de luz de la estrella de la esperanza; pero en esta hora solemne, i a la faz de tan risueña naturaleza, solo en el alma de titanes puede aun albergarse valor i confianza.

XIX

Clara estrella que alumbras de Chile los altos destinos ¿se eclipsirán hoi vuestros fúljidos rayos o descendereis al abismo con la límpida aureola del sol cuando la noche le abre las puertas del ocaso?

XX

Pero, oid, ya cruza por el silencioso espacio la potente voz de Arturo Prat, que dice a sus soldados: Compañeros de la *Esmeralda* i *Covadonga*, la patria ordena que hoi, cada hombre luche, no como un simple mortal, sino como un jigante de titánico aliento i corazon acerado.

XXI

Un ¡Viva Chile! atronó el aire, como si hubiera salido del cráter de un volcan, porque el eco que habia trasmitido a tan nobles pechos el fuego sagrado era la voz de un héroe, marcado ya por el destino con lauro inmortal.

XXII

Miéntras tanto, ya las enemigas i férreas naves cierran i estrechan el círculo fatal, i el ánjel de la muerte al desplegar sus férreas alas, retiembla al estrépito de los cañones, la tierra i el mar.

XXIII

Númenes inmortales de Milton i Homero, cantores divinos del cielo i de Ilion, para cantar a ARTURO PRAT, dadme un rayo de vuestra luz, un átomo de vuestra celeste inspiracion.

XXIV

¡ARTURO PRAT! ya os diviso entre el humo i la metralla, grande como el jenio de las batallas; que el cielo os dé aliento, i que la blanca i solitaria estrella, que es de Chile el único luminar, pueda llevar hasta sus hermanas del firmamento el eco de vuestro nombre inmortal.

XXV

Santa es la mision del guerrero que defiende a su patria; pero, es digno de la lira de Osiam, el que, a semejanza de ARTURO PRAT, rompe las ligaduras que lo encadenan a la humana miseria i al dolor, para hacerse digno de arrancar del alma la nota mas pura en holocausto del patrio amor.

XXVI

Redobla el furor en la batalla, i entre el humo i mil celajes corre la muerte sembrando inexorable el esterminio; pero, siempre retrocediendo ante el hado feliz que en la frente de Arturo Prat marcó el destino.

XXVII

Del oriente al cénit, el astro del dia habia recorrido ya por el firmamento su glorioso camino, i en esas breves horas el grande Arturo Prat, ya habia recorrido tambien, el triunfal camino que conduce hasta la zenital rejion de la inmortalidad.

XXXVIII

¡Arturo Prat! grande entre los grandes se os contemplaba en el humilde puente de la *Esmeralda;* pero fuisteis brillante meteoro, en quien Chile encarnará de hoi en adelante todas sus glorias, cuando se os vió de pié en la férrea cubierta de la enemiga nave.

XXIX

¿Qué jenio omnipotente dirijió vuestros pasos i pudo detener en tan sublime grado la frájil naturaleza humana? Qué murmuraba a vuestro oido, capaz de infundiros en el alma tan sobrehumano aliento?

XXX

Pero ¿quién llegó a saber ni comprender el misterioso poder de la mano que sostiene i guia al hombre en esos momentos de

sublime abnegacion en que se hace digno de imperecedero nombre?

XXXI

¡Arturo Prat! al pisar la enemiga nave, escalásteis vuestra tumba, i al bajar a ella en tan solemne momento, arrojásteis mil rayos de luz, a semejanza de los astros cuando escalan el firmamento.

XXXII

Arturo Prat, ya no sois mas que una sombra gloriosa; ir por vuestro camino, es ir a la inmortalidad; marcado está por vuestra estela luminosa.

XXXIII

I los héroes de la *Esmeralda* siguen cayendo como las espigas del campo arrolladas por la tempestad; pero, allí no hai mas que soberbios corazones que saben lidiar hasta la muerte por la patria, por la gloria i por la libertad.

XXXIV

I Serrano i Aldea, ya tambien sombras gloriosas, al seguir paso a paso el ancho reguero de luz que Arturo Prat dejó al pasar, dignos se hicieron como él de la palma del mártir i del laurel que solo adorna frente inmortal.

XXXV

¿I quién resta ya para defender la tricolor bandera?

XXXVI

¿Quién resta ya para que la estrella gloriosa quede por siempre clavada en su brillante i azul esfera?

XXXVII

Pero, mirad, vosotros todos los que seais capaces de comprender la grandeza con que el Sol, al caer el dia, se hunde en los espacios: mirad lo que resta de la guerrera nave de Arturo Prat; no queda mas que un fragmento, que se va hundiendo en el abismo, con toda la gloria i majestad de aquel astro.

XXXVIII

Pero, mirad de nuevo, lo que no siempre es posible contemplar; en ese mísero resto, un jóven guerrero, al lado de un cañon, monta todavía la guardia del glorioso tricolor; es todo lo que queda; pero eso es tan bello i tan grande, que vale tanto como el mundo de Colon.

XXXIX

Brilla al fin un celaje en el espacio i la blanca estrella de Chile i el espíritu inmortal de Ernesto Riquelme desaparecen, así como el lucero del alba tan dulcemente se pierde en el seno cristalino de la mañana.

Las dos Estrellas

I

El rio de las Flores i el rio de las Perlas, corrian dulcemente por ámbos costados de una esbelta montaña, llamada de las Esmeraldas, a causa de su color eternamente verde.

El rio de las Flores corria por el costado oriente i el de las Perlas por el costado occidente i ámbos buscando las rejiones del Septentrion.

Prados que parecian eternales paraisos, bordaban las márjenes de ámbos rios; el uno, de aguas sonrosadas, como el bello color de la Aurora i el otro, de aguas un tanto azuladas, como un reflejo del color del cielo.

Peces de color de oro i de plata, brillaban como piedras preciosas, allí donde la fantástica mitolojía coloca ninfas, ondinas i náyades.

Las cristalinas aguas de estos dos raudales, que parecian bajar de un Olimpo, no eran surcadas sino por blancos cisnes,

que parecian elegantes barquichuelos fabricados de una sola perla.

¡I qué deliciosas flores bordando sus márjenes!

¡I qué variedad de mariposas i de otros mil insectos de color de rubí, de záfiros, de esmeraldas... revoloteando en torno de ellas i libando su dulce miel, como si fueran copas de oro o de marfil!

El matinal canto de las pintadas aves, unido al murmurio de blandas ondas que brotan del seno del rio de las Flores i de las Perlas, era el canto diario con que se saludaba la aparicion del astro del dia.

Ni por el valle del rio de las Flores ni por el del rio de las Perlas habia jamas pasado el carro de acero del dios Marte, pero sí, el carro de perlas de la diosa Vénus.

Aquí, en estos apacibles valles, tan llenos de perfumes, de flores i de colinas tan verdes como si fueran campos de esmeraldas, aquí, se veian por acá i por allá, esparcidas como blancas azucenas, los juguetones cabritillos i los inocentes corderillos de sedosa lana. Tambien, en estos dos valles, el del rio de las Flores i el del rio de las Perlas, se representaban diariamente idilios de amores pastoriles como en la antigua Arcadia, i por tanto, las infalibles borrascas del corazon, cuando Cupido no acierta a herir con una misma flecha dos corazones que han nacido jemelos.

Pero, aquí en estos floridos valles, como perdidos paraisos, a donde no llegan los ecos del gran mundo, por mas que el corazon humano hierva i se ajite como un volcan, por mas que levante olas como el ajitado mar, su eco se pierde ahí mismo, solo les repiten los flancos de la montaña i despues, como si siguieran la mansa corriente del rio de las Flores o del rio de las Perlas.

No así en el gran mundo; la tormenta que puede nacer en el corazon de un príncipe, puede trastornar a las naciones. En

estos mundos humildes en que no se conoce la embriaguez de los honores ni de las riquezas ni de las grandes ideas, ahí estará eternamente la embriaguez del amor, con todo su contingente de inefables placeres i de tremendos pesares.

Del oriente viene la luz; el oriente es el altar en que el divino Sol enciende sus primeras luces; de por allí viene tambien ese otro Sol, llamado *amor*, que enciende fuego en los corazones.

A ese lado, por el flanco oriente de la montaña de la Esmeralda, serpentea el rio de las Flores; ahí deposita el Sol sus primeros rayos i ahí jermina mas ardoroso el divino amor.

Allí vivia Ledia, como la flor indiana del Loto, encerrando en su pecho un universo de virtudes i de amores.

Sobre un talle de palmera i un cuello de cisne, brillaba como una estrella una cabeza de Minerva, tan llena de luces del alma, que apagaba los colores de rosa i de jazmin de su carnadura material: tenia, pues, la belleza de los dioses.

Sus pupilas parecian estar siempre, hundidas en lo mas profundo de los espacios; era la mirada de los que sueñan a toda hora; la mirada del peregrino que busca el oásis en el lejano horizonte i que, en torno de si, no encuentra nada, porque le hace falta la fuente cristalina en que beber el agua de la vida i del placer que el destino le ha deparado para si no mas, pero, que no sabe donde encontrarla.

Era una tarde en que tibias auras i cielo arrebolado de ardientes colores convidaban a la meditacion. Ledia estaba ahí, como de costumbre, a orillas del rio de las Flores, en medio de sus ovejas, blancas como copos de nieve.

Por rústico puente, no lejos de ahi, pasaban en esos momentos, alegres aldeanos i frescas aldeanas, al son de tamboriles, pitos i dulzainas, cantando el himno de la felicidad conyugal.

Dos jóvenes i hermosas zagalejas llevaban la voz i decian:

«Felices las que se contentan con lo que tienen».

«Felices los que se deleitan i satisfacen con las lindas flores de acá abajo i no van a buscarlas entre las estrellas».

«Felices los que ya han encontrado lo que buscaban».

«Felices los que pueden tomar una modesta flor de estos prados i llevarla a su querido hogar».

«No despreciemos por la encarnada rosa, la humilde i fragante violeta».

I los ecos de éstos cánticos fueron perdiéndose poco a poco entre los follajes que bordan las orillas del rio de las Flores.

¡Qué rayo de luz tan hermoso es el que ha venido a herir mi corazon! esclamó Ledia. ¿Porqué soi yo la única desheredada de tanta dicha?

¿Por qué no me contento con lo que tengo?

¿Porqué voi a buscar entre las estrellas, lo que puedo encontrar en estos floridos valles?

¿Porqué prefiero la encarnada rosa a la sencilla i dulce violeta?

¡Estraño destino el mio, el vivir siempre solitaria como el Aguila!

Pero, así lo quiere el destino; nada puedo contra él. Bien sé que el rio de la vida tiene corrientes tan estrañas, que el que es arrastrado por sus ondas debe doblegarse como débil caña i dejarse llevar por el rudo torbellino.

Desde ese dia la dulce Ledia estuvo mas melancólica que de costumbre; pues, aquellos cantares que habia oido cuando ella, estando a orillas del rio de las Flores, los aldeanos habian pasado por el rústico puente cantando al son de tamboriles, pitos i dulzainas el himno conyugal, creia oirlos aun, nó como un dulce recuerdo, sino como el silbido de saetas que iban a herir su corazon de águila solitaria.

El ruiseñor i la alondra no dejaban de cantar el himno del amor en el próximo bosque de naranjos i limoneros, toda vez que Ledia iba allí en sus solitarios paseos.

I allí era donde ella retemplaba su corazon, pensando en el ser misterioso a quien ella esperaba dia i noche, a esa mitad de su alma, robada hasta entónces a su felicidad.

Miéntras tanto habia llegado la dulce primavera, engastando por todas partes, como si fueran perlas i diamantes, las mas lindas flores, las cuales brillaban cada dia, a la hora del sol naciente, tanto como en el cielo las brillantes estrellas.

En esta estacion de las flores, cuando caen en festones desde la copa de los árboles los jazmines i las lilas, cuando todas las aves cantan i las brillantes mariposas se levantan de sus tumbas, cuando los céfiros son tan blandos i perfumados i el suelo es por todas partes una verde alfombra bordada de silvestres florecillas; entónces era cuando Ledia esperaba a su ideal amante, tan jóven, alegre i bello como la imájen misma de la diosa Primavera.

Verdad es que Ledia esperaba a su amante en todas las estaciones del año. En el estío, cuando la naturaleza está ya en reposo brindando a todos con sus hermosos i sazonados frutos, creíale ver llegar, allá en las horas letárjicas del medio dia, con el mismo aire reposado que a esas horas tiene la naturaleza, como un semidios peregrino, a pedir a su puerta la hospitalidad de un momento.

En el melancólico otoño, cuando las amarillentas hojas caen i las arrastra el viento con siniestro ruido, cuando todo el reino vejetal se desnuda de sus hojas i de sus flores, Ledia creia ver a cada momento, por entre las encrucijadas del bosque, aparecer un jóven romántico i soñador, hijo de las musas, que talvez trae en las cuerdas de su lira la virtud de volver a la vida las flores muertas del otoño.

I en fin, la hermosa Ledia, aun en el mas triste i crudo dia de invierno, cuando la tempestad se anuncia con el huracan, el relámpago i el trueno, sentia la necesidad de abrir la puerta de su choza para que entrara el amado de su corazon.

Miéntras tanto, como decíamos ántes, para la aldea i todo el valle, habia llegado la brillante primavera con sus mas ricos i deslumbrantes atavíos, i ya habian estendido sus odoríferas alas, no solo por todas las riberas del rio de las Flores, sino que hasta la montaña misma de la Esmeralda se habia convertido en un verdadero ramillete.

Donde quiera que no se oiga el ruido del gran mundo, donde haya buen Sol, aires puros que respirar, flores por todas partes, verde i tierna yerba i cristalinos arroyos, bien se puede decir que aquello es una bendita tierra, donde todo corazon lacerado puede ir de nuevo allí a reverdecer.

No es estraño, pues, que en aquella pobre i escondida aldea rodeada de tan bella i suave naturaleza, aldeanos i aldeanas jóvenes i ancianos, llevaran con placer la vida i con ella el eterno i necesario trabajo. I el que es arrojado allí por casualidad, por la gran ola de los bravíos mares, no es estraño se complazca en ver estos mundos en estado primitivo en que el consorcio del hombre con la naturaleza se ostenta en todo su esplendor.

Allí está, entre los primeros, el manso buei ayudándole a abrir el surco en el seno de la madre tierra, de donde ha de brotar mas tarde la dorada espiga, que es uno de los dones mas preciosos con que la naturaleza brinda al hombre de todas las condiciones; allí está la doméstica vaca dando la abundante i sabrosa leche que, desde el recien nacido hasta el anciano, es en los rústicos campos tan dulce, necesaria i apetecible como el néctar de los dioses; allí está con el hombre, en consorcio íntimo, el pacífico asno, el noble caballo i el fiel perro; allí están las aves domésticas, como en familia con el hombre, i luego, la mansa oveja que, como copos de nieve se la ve pastando tranquilamente por todos los flancos de la montaña de la Esmeralda.

I todo este idilio coronado por la bella juventud de zagales i zagalas que no conocen otro mundo que este pequeño paraíso,

en que el mayor enemigo es el dios Cupido, que hiere sin cesar los juveniles corazones.

I siendo primaverales dias aquellos en que era costumbre de zagales i zagalas coronarse de flores como en la antigua Arcadia, para celebrar la aparicion de las primeras hojas verdes de los frutales árboles que de nuevo volvian a la vida, todo era entónces atronador regocijo en que el baile i la danza al son de tamboriles, pitos i dulzainas, por un lado i por otro, la juventud i el amor haciendo de esta fiesta el encantador consorcio de dos primaveras, la una representada por las lindas flores, i la otra, por los bellos i juveniles rostros de zagales i zagalas.

I así como las lindas avecillas que no remontan su vuelo mas que hasta los techos i la copa de los árboles, no envidian ni se preocupan del águila altanera que vive i hace su nido entre las nubes, así sucedia a los zagales i zagalas, que ya no se preocupaban ni envidiaban a la solitaria i vagarosa Ledia.

Ellos, con su juventud i sus amores i en medio del terrenal paraiso en que viven i sin otras armas para asegurar su dicha para el presente i el porvenir, que sus modestas ambiciones, eran inmensamente mas felices que la hermosa Ledia, que veia cerrados todos los caminos llenos de luz i de poesía que su rica i noble imajinacion le habia trazado i que hoi ya, por cumplirse las diez i seis primaveras de su vida, aun no divisaba los esplendores o la aurora de los faustos dias que soñaba.

En fin, llegó el dia en que brillaron las diez i seis primaveras justas en la frente de Ledia, i ese mismo dia apareció la madre Ondina, no se sabe de donde, a las puertas de la casa de Ledia.

— Madre Ondina, habeis llegado en el dia mismo en que hace diez i seis años vi la luz del Sol. Vos que sabeis tantas cosas ¿cómo haré para cruzar los dias que puedan quedarme sobre la Tierra, tan sola i desamparada como soi?

Siento que me falta un apoyo material; pero, siento aun mas, que me falta un apoyo moral sobre el cual pueda descansar tranquilo i satisfecho mi pensamiento.

Sé que vivo en un verjel donde todos encuentran su dicha i, sin embargo, yo no encuentro en él el árbol de la vida, no importaria que este fuese el de acibarados frutos, pues, así sentiria que realmente vivia, aunque fuera entre mil dolores i pesares: todo eso lo encontraria preferible a estarme mirando dia i noche el corazon i no encontrar ahí, nada mas que un abismo oscuro i sin fondo.

El calor de la vida, madre Ondina, no solo se siente en medio de la felicidad, sino tambien en medio de las desgracias; unas i otras forman el elemento en que el ser humano vive o, mejor dicho, el elemento en que se siente vivir. Quitadle al espíritu todo esto i dejadle inhabilitado para la elaboracion del pensamiento i tendreis la vida engastada en la muerte.

Es verdad, madre Ondina, que yo alimento una esperanza, pero, esta esperanza, bien lo conozco, que no pasa de ser un deseo, pero, un divinal deseo, i por consiguiente, tanto mas ilusorio: es una luz que veo en el fondo de un abismo: ese abismo es mi corazon i esa luz, la mitad de mi ser que está allí prisionero sin saber si algun dia podrá desatar sus cadenas i venir hácia mí a completar mi humana existencia.

—Ledia, hija mia, (permitidme daros este nombre simpático) jamas habia visto una frente adornada de diez i seis primaveras i de tanta hermosura, inclinada ya como árbol de los sepulcros i llorar, nó como una simple mortal, con lágrimas en los ojos, sino con raudales de amarguras nacidas del alma. Conozco que no es vuestra la culpa de ser desgraciada, aun en este nido de flores, porque el destino al regalaros con todos los dones de una ave del Paraíso, necesitó ofreceros un eden en que toda la naturaleza se complazca en miraros como una

hada i en que los simples pastores, como en otros tiempos, sean reyes que os rindan homenaje. Sin embargo, he de haceros una útil advertencia.

He visto altivas palmeras, aisladas en medio de despoblados de triste i descolorida vejetacion, elevar su verde copa hasta cerca de las nubes, radiantes de vigor i hermosura i desafiando no solo a todos los vendabales i a todas las inclemencias del tiempo, sino tambien con toda la altivez de una reina que conoce que es superior a todo cuanto le rodea i todavía con el placer de causar la admiracion del viajero que pasa por ahí.

I bien, amada Ledia, tambien he visto esas mismas palmeras entre otras mil i pasar desapercibidas para todo el mundo, ya no eran reinas, sino una de tantas maravillas, pero, cuya grandeza i hermosura no era de la adoracion esclusiva de nadie.

Ahora bien, vos sois esa única palmera colocada en medio de este verjel del valle del rio de las Flores, donde se alza un trono que os pertenece. Bien sabeis que nadie os lo puede disputar. Miradlo bien, vale mucho ser un hermoso diamante entre muchas perlas diáfanas como rayos de luna, pero, no así, colocada entre otras de igual valor i brillantes, lo que sucederia indefectiblemente si el destino os arrastra a la vorájine del gran mundo.

Comprendo que vuestra natural modestia os impedirá contestarme muchas cosas en vuestra defensa; pues, con mucha justicia podrias preguntarme ¿qué complacencia podria tener el sol si no estuviera ahí la pupila humana que se estasia diariamente en contemplarlo i admirarlo?

Pero, yo que he podido sondear vuestro corazon, hasta en sus mas recónditos pliegues, sé que vos haceis abstraccion completa de vuestra belleza carnal i que, a este respecto no haceis caso de esa corona que en estos lugares, de derecho os pertenece, pero, no se me oculta que quereis ser reina por la

intelijencia i no encontrais en todo el valle del rio de las Flores quien os comprenda ni os admire; pero, por vuestras mismas palabras deduzco que no es un público el que os hace falta, pues, esa soledad del alma de que me hablais, quedaria tan llena de luces como un radiante dia de Sol, si encontrárais la flor jemela que os hace falta.

Pero, estad tranquila, hija mia, el dios Cupido que se complace algunas veces en ser maligno, tengo el presentimiento de que la misma flecha de oro con punta de diamante con que os ha herido, a estas horas debe de estar clavándola en algun otro corazon digno del vuestro.

Ahora, permitidme una confidencia.

Vos, sin sospecharlo siquiera, teneis álguien que vele por vos, como si fuerais su propia hija, i cada vez que, como bajando del cielo, habeis recibido algun don especial, os ha venido de esa mano protectora.

Ahora bien, reconoced en mí a esa intermediaria; i hoi que cumplis vuestras diez i seis primaveras, vengo de su parte a entregaros este aguinaldo,

—Madre Ondina ¿qué misterio es éste? Mirad lo que dice este papel? «La flor mas hermosa del valle del rio de las Flores, querria seguir su terrenal camino al lado de la flor mas valiosa del valle del rio de las Perlas?». «La madre Ondina conoce el camino».

—Querida mia, lo único que sé es que vos sois esa flor del valle del rio de las Flores, i cuál es el camino por donde deba guiaros si quisiérais poner vuestra suerte en mis manos; haced cuenta que la poneis en arca segura, i que el que os invita ha sido i quiere seguir siendo vuestra providencia.

—Que así sea, madre Ondina.

—Bien; hoi la Luna, será hermosa, estará en su plenitud, i tan luego como ella aparezca por el horizonte, leed en su faz lo

que hai escrito i, segun sea, ireis o nó a juntaros conmigo al pié de la palmera de vuestra predileccion.

Ledia leyó clara i distintamente sobre la faz de la Luna que decia: id.

—Me entrego, pues, en manos del destino. Yo esperaba a álguien aquí, pero, si él ha de caer del cielo, en todas partes estaré bien.

I, a la caida de la noche, se vió a dos sombras que seguian las márjenas del rio de las Flores.

II

No son ménos dulces las auras ni ménos bellas las flores i aves pintadas, ni ménos sonriente la naturaleza en el valle del rio de los Perlas que en el valle del rio de las Flores.

Bosques mui frondosos, mui llenos de dulces misterios ocultaban casi por completo la pequeña aldea del rio de las Perlas. Solo una torrecilla dejaba ver su humilde flecha por sobre la copa de los viejos castaños, de los naranjeros, limoneros i esbel tas palmeras.

I se me olvidaba decir que lo mas hermoso que allí habia, eran los primaverales rostros, un tanto dorados por los rayos del sol, de los zagales i zagalas, tan sencillos i alegres como aquellos del valle del rio de las Flores.

Era un campo de humildes violetas, donde no se echaban de ménos las ricas i opulentas rosas, dalias, camelias i azucenas.

Aquí, los buenos dioses Lares, vivian talvez en íntima familiaridad con los buenos i sencillos aldeanos; tanta era la armonía i tranquilidad en que se envolvia ese venturoso eden regado por el manso i cristalino rio de las Perlas.

En estos escondidos rincones es donde el hombre vive, en el mas íntimo consorcio con los animales domésticos, es donde se le ve cual rei de la naturaleza.

Todo se doblega ante él sin esfuerzo alguno, pues, todos le rodean, sienten que es el padre i el señor i todos ponen mas o ménos resignados su contijente en el trabajo comun.

El manso buei le ayuda a arar la tierra i en ese momento, es el animal sagrado,es el buei Apis que, con la majestad de un mago, parece comprender que del surco que abre con su poderosa fuerza, ha de salir mas tarde, algo mas valioso que perlas i diamantes.

¿Qué cosa mas graciosa que la dulce zagala con su delantal remangado i seguida de un ejército de aves de todas condiciones, cada una hablándole en su idioma especial, demandándole el sustento diario, el dulce grano que ha brotado del seno de la madre Tierra?

Mas allá, otras zagalas adornadas de su belleza natural i de sus pintados ropajes, ordeñando a la corpulenta vaca, que se deja con toda paciencia que una mano que le es conocida i a la vez querida le estraiga la espumosa i blanca leche, que va a ser mas tarde el manjar mas delicado de la modesta mesa en que ancianos, niños i jóvenes encontrarán el mas agradable i benéfico sustento.

I tambien, por acá i por allá, las alegres zagalas, al son de sus tiernos cánticos, van cojiendo las mas lindas flores con que han de engalanarse mas tarde sus hermosas cabezas.

Pero, faltaria la nota musical mas hermosa a este sencillo cuadro de la vida campestre i patrialcal, si no llevaran todos esos juveniles pechos los jérmenes de la celeste dolencia, llamada, *amor*.

Felizmente, no habia talvez una sola de las hermosas zagalas de la aldea que no hubiera oido resonar a su oreja el himno inmortal de todos los tiempos i de todos los pueblos, el *yo te amo*; pues el florido valle del rio de las Perlas, contaba con jentiles zagales, de cuyos labios era mui dulce oir la sagrada palabra, *amor*.

Corrian los dias i los años por aquel encantador valle, tan suavemente como las aguas del rio de las Perlas; pues las nubes color de rosa que enjendran los celillos i los pequeños agravios, solo producen tempestades de verano en los tiernos corazones de los aldeanos.

Sinembargo, llegó un dia inesperado para la dichosa aldea del rio de las Perlas. I aunque éste era primaveral, de radiante sol i de tibias i embalsamadas auras, todos los corazones estaban sumerjidos en honda pena unos i en desesperacion, otros. ¿I qué motivaba tal tempestad en todos los corazones?

El motivo no dejaba de ser justo: habia desaparecido del lugar su Apolo de Belvedère; es decir,su mas jentil zagal, el de diezisiete primaveras, el de blonda i rubia cabellera, el de tez de pálida azucena, el de ojos dormilones, como los del dios Morfeo i, en fin, Diodoro, el hijo querido de las musas.

Si Diodoro no hubiera sido un ser humano, probablemente habria sido un ruiseñor: desde mui temprano fué un melancólico i solitario cantor. Era el Orfeo del Valle del rio de las Perlas. I no faltó quien asegurara que habia visto detenerse las aguas de este rio para oir mejor los delicados acentos que brotaban de la dulzaina de Diodoro.

En cuanto a los estragos que ya el dios Cupido hubiera hecho en el corazon de Diodoro, era un misterio.

Era una ave solitaria, cuyo corazon era fácil ver a la luz de pleno Sol.

No obstante, no faltó quien dijiera que Cupido habia herido al jóven Diodoro con la sagrada flecha de punta de diamante que no enjendra amores volcánicos, sino que hace a los jóvenes románticos i soñadores i que, en apariencia, mas que en la Tierra, van a buscar entre las estrellas el objeto de su amor. I ello parecia tener mucho de verdad, respecto al jóven Diodoro, el cual jamas habia bajado su mirada hasta ninguna de las hermosas zagalas del valle del rio de las Perlas, pero, en su

defecto, mostraba claramente todos los síntomas de un amor ideal.

En cambio, él era el niño mimado de los zagales i no lo era ménos de las zagalas i ancianos del lugar.

El luto era, pues, jeneral por la repentina desaparicion del bello Diodoro.

Inútil es decir que se hizo una batida jeneral, tanto por los flancos de la montaña de la Esmeralda como por las márjenes del rio de las Perlas, hasta donde era posible ir.

Despues de este inútil trabajo, no se habia presentado ni la menor huella de Diodoro. Ya no quedaba mas que un hilo de luz, pero, mui delgado, que permitia conjeturar algo acerca del camino que podria haber tomado el ruiseñor del valle del rio de las Perlas; este hilo de luz no es otro que haberle visto conversar, sin mas testigo que la silenciosa Luna, con el brujo de la montaña, o sea, un anciano que, de cuando en cuando, llegaba a la aldea i que predecia la buena o mala ventura i regalaba yerbas de virtudes maravillosas para enfermedades del cuerpo i del alma.

Pero si Diodoro habia seguido los pasos del viejo de la montaña, el hilo de luz se cortaba, porque jamas se supo de que rejion venia ni a cual se dirijia; pues, caia a la aldea del rio de las Perlas o se retiraba de ella a las horas mas sijilosas de la misteriosa noche.

Pero, los alados cefirillos son mui noticiosos i saben relatar palabra por palabra todo lo que oyen, i todavía, saben darle todo el colorido del apasionado acento con que ha sido espresado.

Así, pues, aquel que batia sus alas a la oreja del tierno pastorcillo que por allí estaba medio escondido entre su rebaño de blancas ovejas, oia de la rosada boca de uno de esos picaruelos de alas encendidas, la siguiente conversacion entre el viejo de la montaña i el bello i sentimental Diodoro.

—Padre Oróndates, (este era su nombre conocido) me habeis llamado i aquí estoi. Yo no os tengo miedo, porque no soi tan inocente que crea que sois brujo, como lo creen los tontuelos de la aldea; por el contrario, creo que sois un señor mui sabio i mui bondadoso. Estoi seguro que me llamais para decirme algo útil i agradable.

I luego, estoi cansado de oir siempre las mismas tonterías con que todos se entretienen en esta aldea. Si no fuera por mi dulzaina ya me habria muerto de fastidio. Ella me consuela i, en su idioma, me dice claramente que todavía soi un verdadero idiota; que a pesar de hablarme en el lenguaje de los dioses me conservo tan imbécil como la jeneralidad de mis compañeros, pero, que todo me lo perdona porque solo entre mis labios adquiere la virtud sobrehumana, como la lira de Orfeo, de mandar i apaciguar aun a los irritados elementos.

Esto i otras mil cosas, comprendo que me dice mi dulzaina cuando la hago sonar.

Pero, en fin, yo me lo he hablado todo i vos estais ahí sin decirme una palabra, i talvez riéndoos de mi charla insípida.

—Querido niño, cuando al caer de la tarde, sentado al umbral de mi choza, que siempre parece estar nevada, pero, de blancos jazmines, horas enteras me embriago con el gorjeo del ruiseñor; no de otra manera he oido vuestra charla, que yo califico como el dulce jemido de un alma aun prisionera en fragante capullo de flores, pero, que ya promete salir de ahí el águila altanera que va a beber en las mas altas rejiones los primeros rayos del Sol.

Ahora, oidme con atencion lo que os voi a decir:

Año por año visito, desde hace mucho tiempo, este hermoso valle, llamado del rio de las Perlas, i siempre vengo de otro valle, no ménos hermoso, llamado del rio de las Flores.

Pero, no creais que ésto es una simple peregrinacion, una costumbre, un deseo o una necesidad de andar por cambiar de

aires i de panoramas; nó, es otro el motivo, es algo mejor que todo esto, es ver dos estrellas de primera magnitud, de dos diferentes constelaciones, la una que solo se ostenta en el valle del rio de las Flores i la otra en el valle del rio de las Perlas.

I esas dos estrellas tan brillantes i hermosas, sabedlo, hasta cierto punto me pertenecen, por lo ménos, por los vínculos del amor.

Sí, son dos estrellas a quienes amo con todo mi corazon.

I así como el rio de las Flores, allá mui a lo léjos, va a unirse con el rio de las Perlas, así espero que algun dia han de unirse estas dos estrellas i formar una sola luz.

Ahora, oidme lo mas importante.

Mi patria es el mundo entero. He viajado por larguísimos años a los cuatro vientos, siempre buscando una flor cuyo aroma fuera capaz de entibiar mi coracon i un lugar que me recordara constantemente el nido de flores en que nací.

I bien, hace diezisiete años que habito estos lugares en que creo haber encontrado todo lo que constituia mis ardientes deseos. I por eso es que, desde esa fecha, no ceso de recorrer esclusiva i periódicamente, tanto el delicioso valle del rio de las Flores como el del rio de las Perlas.

Vuestra clara intelijencia os ha hecho comprender desde luego que el brujo de la montaña no era un pedante ni un charlatan al deciros la buena ventura i al daros remedios para el el cuerpo i el alma.

Nunca he querido abusar de vuestra inocencia i credulidad, sino de seros útil. Yo soi demasiado conocedor del mundo i de la ciencia i vosotros, demasiado ignorantes de todo i, como tales, me habeis calificado brujo, ménos vos, se entiende, que suplis vuestra ignorancia con vuestra intelijencia.

Pero, el sol no se apaga, querido niño, por una mosca que se pare sobre su disco; i así, yo seguiré siendo el padre Orón-dates, como vos me llamais, sin haber perdido nada con el

nombre de brujo que se me da, tanto en el valle del rio de las Flores como en el de las Perlas.

No necesito sino del cariño de las dos estrellas para ser feliz.

—Padre Oróndates, decidme pues, de una vez, ¿qué estrellas son esas que tanto amais? yo soi mui curioso i quisiera entender bien todas vuestras palabras para no olvidarlas jamas.

A mí todo me sirve para conversarlo con mi amorosa dulzaina.

—Sabed de una vez, mi querido Diodoro, que tú eres mi fiel espejo en que me estasio recordando una fisonomía para mí mui idolatrada; la fisonomía de una hermana de la sagrada ciencia de Esculapio, a quien por la voluntad de los dioses, las terribles Parcas, lleváronsela mui temprano, cuando todavía alboraba su intelijencia i su hermosura, así como la de las rosas en el primer dia en que despliegan al aire su diáfana corola i su fragancia.

Un solo i lejitimo vástago dejó al partir de esta morada terrestre i de este vástago naciste tú, mi idolatrado Diodoro; i por tanto, el anciano que en este momento tiene el mas supremo de los placeres abrazándote, es, pues, mediante los lazos de la sagrada amistad, un pariente vuestro mui cercano, o mejor dicho, vuestro padre, porque yo he sido el que misteriosamente ha velado dia por dia por vos; no habeis carecido de nada, escepto del cariño dulce de vuestros padres, a quienes perdísteis casi en la cuna aun.

Yo os he visto, pues, crecer i desarrollaros como el lirio mas hermoso de estos lugares donde hai tan bellas flores.

Sé que sois el Orfeo de estos lugares i que las flores mismas son capaces de jerminar a los acentos de vuestra majica dulzaina: sé que sois el niño mimado de jóvenes i ancianos; sé que sois gran soñador i que buscais entre las estrellas algo que os hace falta.

Ved, pues, querido Diodoro si quereis seguirme. Hasta ahora

no habia querido sustraeros el amor de los que os han acariciado como padres; pero, ya que tambien han pagado hace poco su gran tributo a la madre naturaleza i que ya vos habeis entrado con vuestras diezisiete primaveras a la edad de oro, ya nada teneis que hacer aquí, en este apacible i silencioso valle del rio de las Perlas. Sois águila, i por tanto, es necesario que dejeis este nido de flores, solo digno de tiernas avecillas.

¿Habeis adivinado, pues, mi querido Diodoro, cual es mi estrella del valle del rio de las Perlas?

—Padre Oróndates, sí, he adivinado a quien llamais vuestra estrella de esta pequeña aldea i os correspondo con todo mi amor. Sí, deseo no separarme de vos de hoi en adelante, pero, ¿por qué no quedarnos en estos apacibles lugares, donde todo me es adorable? Desde el aire que respiro hasta el fraternal cariño que todos me profesan aquí, me parece que me son tan necesarios como el rocío de la mañana i los rayos del sol a las hermosas flores.

Conoces que no soi mas que una humilde flor silvestre de estos campos de perpetua tranquilidad i que arrancarme de aquí para trasplantarme a otros climas, talvez inclementes, hasta mi querida dulzaina ha de serme infiel.

I vos, padre Oróndates, sois aun robusta encina acostumbrada a todos los climas i quizas necesitais ya de la dulce paz del corazon; quedaos aquí donde no se oye el estrépito del gran mundo, que me lo han pintado como un infierno.

¡I cosa rara! ahora que me abris las puertas de esta hermosa jaula, me parece que no sabria volar.

Pero ¡qué aturdido soi! Voi a concluir por donde debia haber principiado, esto es, por el verdadero motivo por el cual no deseo separarme de mi querida aldea, pues, todo lo dicho no pasan de ser nimiedades.

Oidme, padre Oróndates; lo que os voi a decir, no lo sabe nadie, pues, he temido que me tomen por tonto o por loco.

Habeis de saber que, ya sea ilusion o verdad, el hecho es que cuando con mi dulzaina evoco no se que cosa que me pide el corazon, por ejemplo, para que me entendais, algo así como el rayo de luz que pediria el diamante encerrado en su caja, para así ostentar su brillo; entónces, mas que con los ojos materiales, con los ojos del alma, veo claramente una dulcísima figura que tiene todo el esplendor de una diosa, i en esos momentos, mi corazon no pide mas: no admitiria el cielo si se lo ofrecieran.

Pero, lo curioso del caso, es que esa diosa, se me ha puesto entre ceja i ceja, que es mia i ella lo sabe, porque se lo digo con los mas bellos acentos de mi dulzaina i no se enfanda, al contrario, se sonrie, como lo haria la matinal estrella, si alguna vez se sonriera con algun mortal.

Tal es mi historia, padre Oróndates.

¿Adivinais ahora porque me resisto a abandonar este paraiso llamado del rio de las Perlas?

A propósito, decidme padre Oróndates ¿cuál es esa estrella del valle del rio de las Flores de que me habeis hablado? ¿Es algun otro tontuelo o tontuela como yo, que tambien ve dioses o diosas que le sonrian i de quien sois, como para mí, un cariñoso padre?

I en fin ¿dónde está ese valle del rio de las Flores en el que se alberga esa otra prenda tan querida de vuestro corazon? ¿Es algun valle tan encantador i florido como éste? ¿Hai tiernos zagales i bellas zagalas como aquí?

¿I el rio de las Flores es de aguas tan mansas trasparentes i de tan delicioso sabor como el del rio de las Perlas? ¿Hai una montaña como aquí, siempre verde como una esmeralda? ¿Hai como aqui bosques, ruiseñores, dulces brisas?... I no os pregunto si hai diosas como aquí, porque eso sería mucho pedir de otro lugar que no sea el valle del rio de las Perlas.

—Mui amado Diodoro, os escucho siempre con el mismo

encanto con que hasta las flores de estas apacibles lugares deben oir los dulcísimos acentos de tu dulzaina. Hoi mas que nunca, llego a comprender que la gran sabiduría puede albergarse hasta en los mas inocentes pechos, porque ella es hija del cielo; todo lo que viene de esa divinal altura, es para todo hombre de buena voluntad.

Todo lo que me habeis dicho, sin dejar de tener todo el perfume i frescura de un juvenil corazon, tiene a la vez, el dulce sabor del fruto que nace del árbol que ya ostenta frondoso ramaje.

Vuestras dudas, vuestros goces, vuestros sueños, vuestras curiosidades, vuestros deseos, todo en vos es armónico como las notas que arrojan al aire las cuerdas de bien templada lira.

Hijo mio, tú eres para mí la aurora de un nuevo dia que no tenia seguridad de que me alumbrara alguna vez. Llevais en vos todos los jérmenes de astro humano que necesita de anchurosos campos para dar toda su luz: en poco tiempo mas, este nido de flores en que hoi vivis seria mui humilde i pequeño para albergaros.

Venid conmigo i conocereis mi otra estrella, la del valle del rio de las Flores i os dejo en libertad despues, para que os devolvais, si ella no es la imájen real i verdadera de vuestra diosa del rio de las Perlas. ¿Aceptais?

Diodoro no dió mas respuesta que echarse en los brazos del nuevo padre que el cielo le enviaba.

I en esa misma noche de tibias auras i cuando la estrella del pastor, aun no despuntaba por el horizonte, padre e hijo abandonaron sijilosamente el tranquilo i delicioso valle del rio de las Perlas.

El pastorcillo que habia oido por boca de los céfiros el anterior diálogo, al fin de la tarde del siguiente dia, lo delató como mejor pudo i la aldea perdió la esperanza de volver a ver a su Orfeo i a su jentil Apolo.

III

Así como por el sereno cielo cruzan los astros, así dos estrellas de acá abajo, marchaban directamente, una por las apacibles riberas del rio de las Flores, i otra, por las no ménos floridas del rio de las Perlas.

Pero la humilde Tierra, no es como el vasto cielo, donde no hai límites posibles; aquí, todo es pequeño i tarde o temprano se llega al fin de la jornada.

I ¿dónde estaba el fin de ésta, para nuestros dos viajeros?

Algo léjos aun; pero, ir siempre pisando flores i sintiendo a la vez el suave murmurio de las cristalinas aguas i muchas veces a la sombra de espesos árboles que, por aquí i por allá bordan el camino, i todavía, ir envuelto a toda hora por las frescas alas de la dulce i bella primavera; así digo, se puede ir mui léjos, i mucho mas aun, cuando los viajeros son como Diodoro i Lidia que llevan en sí mismos tantos jérmenes de superabundante vida física i moral.

I luego, quien lleva la aureola de la juventud i de la belleza, la dulce esperanza en el corazon i en la cabeza muchos imajinarios i luminosos mundos, todo ello, basta para que caminos sembrados de agudas espinas se conviertan en floridos campos. El ser humano, así ataviado, se puede decir que tiene alas para cruzar el mundo.

—Padre Oróndates, dijo Diodoro, mui fácil debe ser llegar hasta la sagrada cumbre del monte Helicon, donde moran las celestes Musas, si, como yo lo presumo, el camino están suave i florido como éste. I no estrañeis oirme hablaros de las Musas, porque a vos mismo os he oido decir, que son ellas las inspiradoras de todo lo que el hombre pueda producir de mas bello i de mas florido, en las letras i en las artes.

—No para todos el camino es el mismo, querido Diodoro;

para los unos, es tan rudo i áspero, que jamas pueden llegar allí, i para otros, si al fin consiguen su objeto, es con sumo esfuerzo i trabajo; pero, el camino es suave i florido para aquellos que nacen siendo estrellas.

No os hablo de la gran mayoría, a quien poco o nada importa, si dicho camino está sembrado de guijarros o de flores.

—¿I eso es posible, padre Oróndates, nacer siendo estrella?

—Tan posible es, hijo mio, que vos mismo sois una de esas estrellas. Hace tiempo que habeis llegado a la sagrada cumbre del Helicon sin saberlo, i no podreis negar que habeis hecho el viaje por un sendero tapizado de flores.

—¿I por qué me decis que soi estrella, padre Oróndates, acaso no soi como todos los demas? Yo me siento igual, mas o ménos, a todos mis compañeras del valle del rio de las Perlas.

¿I luego, como puedo haber llegado a la sagrada cumbre del monte Helicon sin haberme apercibido de ello?

I por otra parte las celestes Musas serian ya mis amigas.

—Hijo mio, nacer estrella, es un don del cielo que solo se concede a mui pocos mortales. Ser estrella es llevar en el cerebro una luz que permite al hombre ver mui claro donde la jeneralidad no ve sino tinieblas: es algo que se ha venido elaborando de jeneracion en jeneracion i de padres a hijos, hasta que por fin, ese algo, luce en la frente de un ser humano cual radiante antorcha de luz inmaterial.

Esta luz poderosa del jénio equivale a tener alíjeras alas para remontarse hasta donde los demas hombres no pueden ir.

I vos, hijo mio, sois uno de esos felices mortales que, ya sin saberlo, habeis pisado la cumbre del Helicon, sin mas que el poder de vuestro propio jenio.

Mirad: era un dia en que el tiempo era tempestuoso, soplaba un recio aquilon; el mismo rio de las Perlas estaba intranquilo, que de ordinario es tan silencioso; las flores estaban marchitas i habian cerrado sus corolas i estaba el Sol médio oculto entre

las nubes... De repente, vuestra dulzaina se dejó oir, e inmediatamente el impetuoso viento principió a calmar, hasta que se convirtió en dulce brisa, el rio de las Perlas se serenó, las flores abrieron sus corolas i las nubes que apagaban la luz del Sol se disiparon i toda la naturaleza se revistió con el florido manto de la primavera, i yo mismo, al oir tan divinales acentos, sentí correr por mis venas toda la sávia de la juventud i de mi pecho henchido de placer supremo, brotó esta esclamacion: ¡si será ésta una ilusion de mis sentidos!

IV

I la madre Ondina decia a Ledia, miéntras seguian su camino por las márjenas deliciosas del rio de las Flores.

—Querida hija, no todos los mortales pueden llegar al término de sus aspiraciones por un sendero tan embalsamado, tan suave i florido como éste. Pero, vos sois bien digna de andar siempre por elíseos campos; vuestra belleza, vuestro altísimo espíritu, donde no caben sino nobilísimos pensamientos, vuestro corazon lleno de todas las ambrosías de la verdad i del bien, todo esto hace que estas mismas flores que pisais se levanten mas erguidas i lozanas con el contacto de vuestro pié.

I luego, vuestras dulces pupilas que parecen dos astros jemelos, no han nacido, segun creo, sino para la contemplacion de los luminosos e ideales mundos que llevais en vuestra cabeza.

I fijaos bien, mi amada Ledia, parece que este camino va embelleciendo a cada paso que damos, mirad las aguas de este manso rio de las Flores, como se van haciendo, a medida que avanzamos, mas trasparentes i cristalinas i los pequeños guijarros del fondo, como si fueran tomando aspecto de perlas i diamantes.

Era de creer que la diosa Flora tiene ya por aquí cerca su

encantado palacio, tal es la belleza, fragancia, lozanía i abundancia de flores que bordan el camino que llevamos.

Acá, en nuestro planeta, este sendero es como una imitacion de la Via-láctea del cielo; i yo os pronostico que así será hasta el fin de nuestra jornada.

—Madre Ondina, quiero creeros todo lo que me decis; os creo incapaz de falsear vuestra conciencia i yo a la vez, incapaz de perder la cabeza por vuestras alabanzas. Las palabras que vienen de lo alto, como bajadas del cielo, no hieren ninguna modestia, se reciben con santa uncion, porque se toman como un aviso, como el que se daria a un rei de su alta dignidad para que supiera conservar incólume su corona i nó para que se envaneciera de ello.

Yo, madre Ondina, que bajo vuestra modesta i humilde apariencia os he tomado siempre como un ser superior, como alguna ninfa de estos lugares, tomo con veneracion todo lo que viene de vos, i así es que vuestras seductoras palabras las tomo siempre como un recuerdo que me haceis de los méritos que pueda tener para que sepa conservarlos sin mancha.

I luego, madre Ondina, no creais que me retiro con placer de mi aldea, por mas humilde que sea, solo obedezco a una lei divina, que me obliga a lo mismo a que están obligadas estas corrientes aguas del rio de las Flores, a seguir el declive que la naturaleza las ha señalado; i que ya veis como lo hacen, sin tumulto, sin ajitacion i manteniéndose claras i trasparentes como el cristalino cielo.

Yo era en mi aldea como una fuente de agua estancada, i era por tanto, un lunar, una escepcion en ese pequeño mundo en que todos marchan placonteramente a su destino como mansas corrientes de agua. Yo era la única escepcion, hasta que vinísteis vos i sin mas que vuestra insinuante palabra abristeis la via por donde ahora, como las mansas aguas, sigo mi natural camino.

V

El arpa de Ossiam, de lúgubres acentos, no habria tenido eco en estos lugares, donde el rio de las Perlas se une con el de las Flores. Aquí la lira de Píndaro brotaria sus mas célicas armonías, tales como las derramaba a raudales en los campos Olímpicos.

La madre Naturaleza estaba aquí en toda su virjinidad i frescura; las mismas palmeras seculares estaban verdes i las ramas como en sus años primaverales. La diosa Flora parecia tener aquí su mas hermoso palacio, pues, las bellas flores bajando desde las copas de las mas altivas palmeras i derramándose mas que las estrellas del cielo por la superficie de la tierra, coronaban todo el paisaje con sus mil colores i embalsamaban el aire de la mas delicada fragancia.

Todos los ruiseñores del mundo parecian tener aquí sus nidos predilectos. Sus dulces cánticos que era de creer salian de cada flor o de cada verde rama, se unian armoniosamente al suave murmurio de los frescos céfiros i al quejumbroso ruido de las aguas del rio de las Perlas i del rio de las Flores al juntarse i darse el fraternal abrazo de hermanos queridos i seguir desde ahí, juntos para siempre, formando una sola i mansa corriente, bajo el nombre pintoresco de rio de los Ruiseñores.

VI

El sol, la luna i las estrellas, debian enviar aquí mui cariñosamente sus rayos de luz i las flores i las pintadas mariposas de alas de mil colores, debian recibirlos como la diaria ambrosía que les enviaba el cielo.

I ahí, entre tantas flores, habia una choza nevada de blancos jazmines i mas hermosa que suntuoso palacio, donde se alber-

gaban ruiseñores i mil otras aves que deslumbraban la vista con los subidos colores de su rejio plumaje.

¿Qué hada o ninfa vivia allí?

No estaba hecha esta mansion para simples mortales; pues, allí, en medio de tantas bellezas i de tantos perfumes i en medio de tantos alados habitantes, no se veia el verdadero nido del hombre.

Sin embargo, allí, a la puerta de la florida choza, habia un ser o un hombre pequeñuelo, que era de tomársele por un gnomo, tal era su estraña figura.

¿I a quien esperaba?

Todo estaba en perfecta calma i silencio, no se oia mas ruido que el suave murmurio de las corientes aguas i el de las tibias brisas en esas horas en que el dia declina al ocaso.

De repente, un dulce acento se derramó por sobre todo ese silencio, tan suavemente, como el primer rayo del sol matinal se esparce por todos los ámbitos del espacio. Era un ruiseñor, el cantor inspirado de los bosques, que preludiaba el himno vespertino de cada dia.

Esta fué la señal para que millares de otras aves, preludiaran tambien, cada uno en su lenguaje, el santo himno de la tarde.

La noche cerró al fin las puertas del occidente i quedó ella sola reinando en todos los espacios sin otros ruidos que el que los céfiros hacen al pasar por entre las flores i las hojas verdes.

Luego apareció por el oriente la reina de la noche, trayendo al mundo su dulcísima i melancólica luz, consuelo de todos los mortales que llevan celestes penas de amor en el corazon.

El telon de este magnífico escenario estaba, pues, levantado. No faltaba sino la aparicion de uno o mas actores que vinieran a dar vida a la solemne majestad de este cuadro de la naturaleza.

Estaba escrito en el libro de los inescrutables destinos que

dos estrellas jemelas vendrian en esos momentos a unir sus corazones, así tan dulce e indisolublemente, como lo hacian en aquel lugar las aguas del rio de las Flores al juntarse con las del rio de las Perlas.

Sonó, pues, la hora solemne i Diodoro i Ledia aparecieron a los umbrales de la choza nevada de blancos jazmines i sus almas, que ya se conocian, cual dos hermanas jemelas, se confundieron instantáneamente en una sola: i el grito del alma que resonó i que debió repercutir por toda la bóveda del cielo, fué: *¡Al fin te encuentro!*

I el hombre pequeñuelo, con figura de gnomo, señalándoles las mansas i diáfanas aguas azules del rio de los Ruiseñores, donde se mecía suavemente un gracioso barquichuelo del color i forma de un blanco cisne con velas color de rosa, les dijo: Id. Vuestro amor os basta para conduciros i haceros felices i esa navecilla os llevará a puerto seguro i en todas partes la dulce ventura será vuestra eterna compañera. El padre Oróndates i la madre Ondina, estarán en todas partes velando por vosotros. Adios.

I a la hermosa barquilla se la vió largo rato conduciendo a las dos estrellas, la del rio de las Flores i la del rio de las Perlas.

Los ruiseñores entonaron el himno de la media noche, i en seguida, todo quedó dormitando a la misteriosa luz de la pálida Luna.

EPÍLOGO

Diez años mas tarde, en el mismo lugar en que unen sus cristalinas aguas el rio de las Flores i el rio de las Perlas, se levantaba una especie de templo dedicado a las Musas, a donde por largo tiempo llegaba, navegando por el rio de los Ruiseñores, una navecilla del color i forma de un blanco cisne con velas de color de rosa, conduciendo dos estrellas del gran mundo, Diodoro i Ledia, que venian a ese encantado retrete a santificar su santo amor, haciendo el papel de la gran providencia para los dos encantadores valles, el del rio de las Flores i el del rio de las Perlas, donde hoi se levantan dos pintorescas ciudades Oróndates una i Ondina la otra, del mismo nombre de dos anjelicales criaturas, que eran el encanto de sus felices padres, Diodoro i Ledia.

El Viajero

I

¡Qué presentimiento tan estraño! Llego de dar una vuelta al mundo, sin encontrar el bien que anhelo, i ahora siento una fuerza desconocida, misteriosa i en desacuerdo con mi razon, que me dice que, en recónditas tierras, me espera una mansion de perfecta felicidad.

Pero ¿en dónde podré encontrarla?

¿Recorreré, pues, de nuevo el mundo entero en busca de este lugar de promision?

Si el hado así lo ordena, qué sea!

I emprendí, aun otra vez, mi penosa marcha, a traves del mundo, por solitarios caminos:

II

I al cruzar por una verde campiña, tan risueña i florida como un Eden, un lindo ruiseñor preguntóme con sus mas hermosos trinos: Viajero ¿a dónde te encaminas?

—Busco un tesoro, contestéle, mas valioso que si fuera una montaña de perlas i diamantes: busco un árbol a cuya sombra se vive en un eterno idilio de felicidad.

I el ruiseñor, siempre en su melodico lenguaje, contestóme:

—¡Ah, hermoso viajero! no será por cierto este precioso i florido alcázar en que he fabricado mi humilde nido, ni ningun otro que yo conozca. Mirad, aquí, en estos reinos del aire, no se vive tranquilo a ninguna hora; los gavilanes, los buhos, los azores i milanos, diariamente hacen dulce festin de nuestra sangre i de nuestra carne.

Simpático viajero, si encontrais ese árbol prodijioso, a cuya sombra se puede vivir tranquilo, llevadme a vuestro lado; allí os regalaré el oido, dia i noche, con los mas dulces trinos que puedan salir de mi garganta. No me olvideis, pues; yo me llamo Ruiseñor.

—Está bien, simpático cantor de los bosques, no os olvidaré. Adios.

III

I por las floridas márjenes de un manso riachuelo, proseguí mi camino. I poco mas allá, encontréme con un príncipe mui rico i mui poderoso, i preguntóme éste:

—Viajero ¿a dónde os dirijis? ¿Por qué no os deteneis un momento? Yo os prometo la mas fraternal hospitalidad en este rejio castillo.

—Magnífico príncipe, contestéle, mas réjia que vuestra mansion es vuestra hospitalidad, tal como sabeis ofrecerla; pero, así como la madre que buscara a su hijo idolatrado, no llevaria en su corazon otro deseo que encontrar alados caballos que la condujeran, si fuera posible, por los aires; así, gran príncipe, me sucede a mí; pues, yo busco un tesoro, aun mayor, un tesoro que, aun siendo de oro purísimo este inmenso castillo, al lado de lo que busco, nada valdria.

—¿Buscais, pues, iluso viajero, la piedra filosofal?

—El secreto para ser feliz, gran príncipe, no consiste en poseer rios de oro; ese secreto está a incomparable mayor altura. A nuestro planeta, la mayor de las felicidades le viene desde mui alto, le viene desde el Sol. Así tambien, el hombre no encuentra la felicidad, acá abajo, en el mundo material, sino que le viene de otro mundo mas excelso, donde vive la razon i la conciencia humana como en su paraíso.

Yo busco, gran príncipe, un lugar de perpétua felicidad donde ni el oro ni las perlas preciosas tienen valor alguno.

—Id con Dios, viajero, i cuando hayais encontrado ese pedazo de cielo que buscais, no olvideis a este pobre príncipe que habeis dejado aquí, nadando en el oro, pero cuyo espíritu es la imájen de la desolacion.

—Gran príncipe, nunca olvidaré el ofrecimiento de fraternal hospitalidad, hecho por vos, al oscuro i desconocido peregrino. Adios.

IV

I prosegui mi viaje por solitarios caminos, hasta llegar a las riberas de un lago de azuladas i serenas aguas, donde, alzando su cabeza un pez de plateadas escamas, me interrogó de esta manera:

—Melancólico viajero ¿qué os obliga a venir a estos solitarios lugares? ¿Vais en busca de algun albergue querido o simplemente os dirijis dónde os lleve el destino? ¡Ah, cuánto debe gozarse acá arriba dónde brilla el Sol! No así, aquí abajo, en los palacios en que yo vivo, pues, dentro de ellos se ajita un mundo tan borrascoso como las olas de este lago cuando sopla el huracan; la vida en tal mansion es un milagro. ¡Ah, dónde existirá el bien sin el mal!

—Lindo i simpático habitante de este cristalino palacio, creo aun estar mui léjos del término de mi viaje; juzgad vos mismo

cuando sepais que busco ese paraíso que tanto deseais, aquel donde solo existe el bien sin el mal.

—¡Ah, simpático viajero! cuando hayais encontrado ese feliz Eden, no olvideis al pobre pez de plateadas escamas!

—Contad con mi promesa de no olvidaros. Adios.

V

I proseguí mi penosa marcha por estraviados i ásperos caminos.

I al fin de melancólica tarde, en medio de un oásis de verdura por donde serpenteaban cristalinas aguas i corrian dulces brisas que convidaban al reposo i a una perfecta tranquilidad, encontré un ciervo de triste mirada que me preguntó:

—Viajero ¿hácia dónde dirijís vuestros pasos?

—Voi hácia un lugar desconocido para mí: voi a la gran ventura. Lo único que sé, es que el fin de mi jornada será un lugar de infinitos encantos, porque allí debe encontrarse el tesoro de los tesoros—la perfecta tranquilidad. Vos pareceis feliz,

—¡Ah, viajero! Aquí en este verjel, cuando mas sereno i azul se muestra el cielo, cuando estas trasparentes aguas que veis correr, parecen lanzar al aire sus mas dulces murmurios, cuando las brisas refrescan la frente como si fueran ósculos de ánjeles i cuando las flores mismas exhalan sus mas ricos perfumes..... cuando todo esto sonrie tan dulcemente al alma; allí, mui cerca, hai dos puntos de siniestro brillo que, así como una negra nube en cielo despejado significa para el marino una horrible tempestad, aquí significa algo mas que eso, significa una muerte segura i espantosa; porque es el chacal, la hiena, la serpiente, el tigre, el leon..... el que está magnetizando a su víctima.

Ved, pues, viajero ¡cuán infeliz soi, aun en medio de este

florido valle que me brinda con un eterno festin! Preferiria un desierto a trueque de una perfecta tranquilidad.

No me olvideis, pues, si encontrais ese lugar de perfecta calma i sosiego para el espíritu.

—No os olvidaré i que el cielo os proteja.

VI

I a la caida de otra tarde, encontréme con un labrador en medio de un campo de doradas i abundantes espigas, cuyos hermosos granos, ya maduros, prometian una feliz cosecha.

—Buen viajero, preguntóme el labrador, ¿a dónde dirijís vuestros pasos?

—Voi, no en busca de oro ni de ruidosos placeres, sino de un lugar donde la eterna dicha consiste en la verdadera tranquilidad i sosiego del alma. Vos pareceis feliz: veo que el trabajo, aunque duro talvez, la madre-tierra se complace en remuneraros con sus mas preciados dones.

—Es verdad, buen viajero, que, contando con la pujanza de mi brazo i la fecundidad de esta bendita tierra, habia de sobra para vivir en medio de la abundancia; pero, estas gotas de sudor que veis correr por mi frente, hubo un tiempo en que la tierra podia recojerlas, como gotas del benéfico rocío de la mañana, pero, hoi llevan mucha dósis de amargura, porque en el corazon ya no hai el bálsamo que todo lo endulzaba i todo lo embellecia.

Ahora, oid amable viajero; a las primeras i rubias espigas que alumbró el sol, nacidas de estos fértiles campos, luego vinieron las dulces brisas a saludarlas. I, como si estas mensajeras hubieran llevado el perfume de estas mieses hasta los palacios donde viven los que gobiernan el mundo, nadando en oro i placeres, al amanecer de un hermoso dia, a esa hora en que todo se trasforma en luz, estasiado de placer contemplaba

estas espigas, que parecian ramilletes de oro, cuando varios hombres que me pareció hacian sombra como negra nube de tempestad, los unos, en nombre de leyes divinas, i los otros, en nombre de leyes humanas, me hicieron saber que, do quiera que fructifique un grano, solo por un rasgo de alta clemencia, le es dado al que lo regó con el sudor de su frente, conservar lo necesario para el diario sustento de sus hijos. De lo contrario, los rayos del cielo i de la tierra vendrian pronto a aniquilarlo en su vida i hacienda.

Aquel dia fué triste; pero, bajo la bóveda del cielo, todo es risueño cuando la estrella de la esperanza i del amor nos regala con sus dulces i arjentados rayos. En este sentido, yo era inmensamente feliz.

Juzgad vos mismo, amable viajero. Sentados una vez, yo, mi bella esposa i mis hermosos hijos a las márjenes de este humildo riachuelo de diáfanas i corrientes aguas que dejan ver la mas mínima piedrecilla del fondo, yo no sé porque secreto de la naturaleza, al salir el sol de detras de una parda nube, que por un momento habia ocultado su luz, tanto yo como mi familia, vimos que los rayos del sol al caer de nuevo sobre las cristalinas aguas, los pequeños i pintados guijarros del lecho parecian transformados en perlas i piedras preciosas. Esto fué breve, otra mas oscura nube ocultó de nuevo el sol i el sublime espectáculo desapareció.

Pero, lo que mi amada esposa i mis hermosísimos hijos no vieron i que solo mis pupilas pudieron contemplar, fué otro prodijio mil veces mas superior a mi razon; sí, ví que todos esos clarísimos celajes al desaparecer del fondo de las aguas, cruzaron por las alabastrinas frentes de mi esposa e hijos i se reflejaron allí como si hubiera sido en límpido diamante. Vision celestial que, desde luego no supe por qué, me produjo un triste júbilo que solo hoi comprendo.

Habia, pues, mucha felicidad en esta casa, hoi tan desolada,

no obstante que año por año venian aquellos vampiros que hacian sombra como nube de tempestad a llevarse casi todo el fruto de mi sudor, el pan de mis hijos.

Pero, llegaron al fin horas verdaderamente infaustas, mas negras que hórrida noche, en que ví, unos en pos de otros, a los séres mas caros a mi corazon, así como rayos de luna, dejar los tristes lechos i tomar el camino del insondable abismo.

Desde entónces, como os decia poco ántes, el sudor de mi frente debe llevar mucho acíbar que debe envenenar el grano que produce esta pobre tierra.

No me olvideis, pues, noble viajero, si veis coronados algun dia vuestros deseos de llegar a esa montaña de Sion que buscais.

Llevais un pedazo de cielo en vuestro corazon, porque llevais tan sublime esperanza.

Ahora, amable viajero, seguid vuestro camino, pues, me atrevo a anunciaros que vais predestinado a una gran ventura: miéntras habeis tenido la espalda vuelta hácia el astro del dia, un rayo de su luz ha quedado, en forma de aureola, luciendo en vuestra frente.

Id, pues, vais en pos de la felicidad i no os detengo; pero, os ruego no olvideis al triste i desconsolado labrador.

—Noble anciano, que la paciencia no os abandone i que la dulce conformidad venga a posarse en vuestro corazon. No os olvidaré. Adios.

VII

I despues de haber hecho una inmensa travesía, siempre por caminos solitarios, al descender de una suave colina a un valle encantador i silencioso, ví entre jazmines i rosas una casita blanca, semejante a una alba paloma que hubiera bajado allí en busca de su grano, i creí que aquello, por lo ménos, seria un

pedazo del cielo que buscaba, i me interné en ella como peregrino que entra a su propia casa.

I entre mil cánticos de aves vestidas de espléndido plumaje, oí una voz de anciano que, en su conmovido acento, mas que lágrimas de sus ojos, se conocia que brotaba sangre de su corazon, i que decia:

—¡Oh niño idolatrado! te has marchado; éras un tierno boton aún, cuando has emprendido el viaje eterno i me has dejado en la soledad de las soledades. En valde va mi espíritu por todas partes en busca de una gota siquiera de celestial rocío que apague la devoradora sed de volverte a ver, i todo inútil, porque no la encuentro ni aun entre los pliegues mas ocultos de la divina razon, que solo me dice que tan hermosa joya no era para siempre mia.

Por fin, he podido comprender que tu querida imájen, para mi corazon de padre, está allí, en todo lo que es bello i que guarda similitud con tu corta i florida existencia.

La rutilante estrella que, en un momento dado, he visto como sirviendo de faro i consuelo en oscuro cielo, i luego palidecer, i su flamíjera luz, morir entre oscuras nubes; a esa estrella la adoré, porque ahí encontré algo de tu imájen bella.

He visto en el jardin el delicado boton en donde ya se dibujaban i coloreaban los hermosos pétalos, i en esos momentos lo he visto tronchado por mano inclemente i morir sin haber alcanzado a desplegar su espléndida belleza i su mas dulce fragancia. Tambien he encontrado allí, algo de tu imájen, hijo mio.

He visto muchas veces la gota de matinal rocío temblorosa i prendida de una hoja verde, imitando los bellos celajes del diamante al ser herido por los primeros rayos del Sol, i luego, una hora mas tarde, evaporarse i perderse para siempre en los espacios.

Tambien fuisteis vos, hijo mio, como esa gota de rocío.

La furtiva nota musical que mas haya arrobado mi alma i la haya sumido en el mas dulce de los éxtasis, eso será tambien para mí algo de tu imájen querida.

Así hablaba un anciano delante de un modesto i pequeño túmulo; i yo en presencia de tan hondo pesar, doblé una rodilla i dije:

—Noble anciano, he visto muchas veces primaverales azucenas, mas blancas que la misma nieve, exhalar los mas ricos i embriagadores perfumes de hermosas virtudes, i mas tarde he tenido que esclamar:—astro humano ¿cómo has caido tan abajo desde tanta altura?

Dejad, noble anciano que los inescrutables destinos se cumplan, dejad que el hado conduzca la barquilla sin murmurar; pues, el espejo de tan límpida luna en que os mirabais con tanto regocijo, talvez mañana se hubiera empañado, de modo que os causara horror mirar lo que allí se reflejaba.

—Noble forastero, contestóme, has llegado a mi hogar como llega la deseada lluvia en el desierto: sed, pues, el bien venido, este asilo os pertenece, siento que vuestras palabras han curado mi honda pena.

—Querido anciano, no os desdeñaria vuestra oferta si no fuera en busca de una mansion donde no se conoce el pesar. Dejadme seguir mi camino, i si encuentro ese santo lugar, quisiera que estuvierais ahí conmigo.

—Noble viajero, con vuestra amistad, ya no dejais un pedazo de ese Eden de felicidad que vais buscando; idos, pues, no os detengo, i quiera el cielo que luego podamos gozar ámbos de esa suprema beatitud.

I el abrazo mas fraternal que ámbos hubieran dado en su vida, sirvióles de tierna despedida.

VIII

I proseguí mi camino por la ancha via del mundo, buscando con avidez ese oásis donde creia encontrar los reinos de la perfecta calma i sosiego.

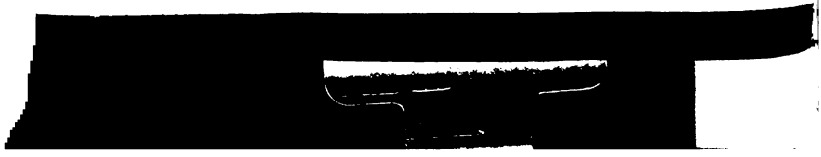
I al pasar por delante de una inmensa montaña, digna de figurar entre las columnas del firmamento, abrióse de repente, i apareció en la jigantesca puerta un bello gnomo coronado de mirtos i de rosas, i con ademan ceremonioso ofrecióme una hospitalidad digna de dioses en su áureo palacio, el cual, a la luz de los mas puros rayos del Sol, que en ese momento traspasaba las olímpicas puertas del oriente, ofreció a mis ojos una mansion digna de la diosa Iris, o la mensajera de alas de mil colores. Allí, desde las soberbias columnas de oro purísimo i desde un cielo tachonado de diamantes i de perlas, hasta el tapiz de su piso que parecia un mar de esmeraldas, todo era allí la imájen de algun rincon del divino paraíso.

I el gnomo, haciendo nuevas salutaciones, añadió:

—Viajero, ya que sois el bien venido, sabed tambien que os esperaba: los pasos de un hombre justo tienen un eco armonioso i tambien la facultad de hacerse oir en nuestros alcázares fabricados con piedras traidas del Sol por nuestros ilustres antepasados ahora mil millones de años.

Sí, viajero, el hombre justo que cruza por los zarzales de la vida, tiene tanto de majestuoso i divino como esos astros que cruzan el azul firmamento.

I para que no os asista duda alguna, oid: entre las dulcísimas melodías que hacen las brillantes constelaciones al rodar por los etéreos campos, ya sea el carro que conduce a las dos Osas, a Perseo, a Orion, al Centauro, al Erídano... todas ellas dan notas diferentes, que tienen la propiedad de venir a resonar en nuestra techumbre de oro, i hacer así de nuestro cielo una



divinal orquesta que encanta a toda hora nuestros oidos. I bien, creedme, un acento suave como el trino del ruiseñor, entre tantos jigantescos acordes, nos dió a entender que un hombre justo recorria la tierra i yo fui el enviado a abrir una de las mil áureas puertas, de las cuales, ésta es la llamada de la Luna, i todo lo que veis no es mas que una pobre muestra de nuestros sublimes alcázares.

Admitid, pues, noble viajero, la hospitalidad que se os ofrece en el palacio de las maravillas.

Decid una palabra i todas las puertas os serán abiertas i sereis uno de los pocos mortales de acá arriba que habrá podido contemplar esa maravilla de las maravillas, el eje inquebrantable, fabricado de un solo diamante que va de un polo a otro polo i en torno del cual jira eternamente nuestro globo.

—¡Oh noble habitante de estos encantados reinos! contestéle, creedme lo que os voi a decir:

Hubo un tiempo, no por cierto mui feliz, en que este corazon que aquí late, i que es en cada hombre como el cráter por donde se exhalan todas las pasiones, i esta frente, que es el cristal donde se reflejan todas las luces que arroja el alma, me hacian el efecto de dos mundos antagonistas que querian jirar libremente, cada uno en su propio eje.

Así, las violentas pasiones que querian toda independencia, se encontraban en abierto choque con mi lúcida razon, i por otra parte, el pensamiento audaz que, a su vez, queria elevarse a otras rejiones, se encontraba detenido por el lodo que encadenaba sus piés, de cuya eterna lucha, resultaba un abominable fuego que consumia la sávia de mi existencia.

Comprendí, pues, que todas las aspiraciones humanas en el sentido de la perfeccion individual, como último término, deben proponerse llegar al equilibrio moral e intelectual.

Pero, desde luego sentia que habia un abismo de distancia entre ámbos mundos, sentia que mis piés eran como de plomo

que amaban la terrestre materia como la madre ama i se apega a su hijo querido, miéntras tanto sentia que mi cabeza jiraba por las altas rejiones del cielo i nadaba en un mar de discordantes luces.

I así, mi vida era la imájen de la nube que, cargada de electricidad, no puede dar la luz del relámpago sin el rayo que estermina i sin el estampido del trueno, que es la voz mas discordante de todos los ecos de la naturaleza.

Era, pues, mi existencia el caos que resultaba de la lucha continua i terrible entre dos mundos que parecian antagonistas.

Pero, no era posible que en medio de la sinfonía universal del eterno equilibrio de toda la creacion, fuera yo este punto negro que, a la vez, queria rodar en torno de dos ejes colocados en diametral posicion.

En efecto, era esto un absurdo que la naturaleza sabe arreglar con férrea mano o bien con sus dedos de rosa.

Felizmente, esto último sucedió, pues, por una evolucion maravillosa de la frájil naturaleza humana, las clarísimas pero discordantes luces que alumbraban mi mente, se refundieron en esa luz blanca, purísima i tranquila que permite al hombre ver sin esos engañosos mirajes que tanto le perturban el criterio, que tanto le envanecen, hasta hacerse dorada ilusion de poder traspasar aquellos límites donde toda razon i toda ciencia concluye.

Sí, desde entónces mi espíritu se tranquilizó, i mi mente ya dejó de ser un volcan en perpétua conflagracion; por el contrario, hoi arde allí una llama tranquila que me permite sondear los misterios del Universo como si fuera a los dulces rayos de la estrella de la mañana.

Pero ¡ah! todavía esto no era mas que el árbol que se habia cubierto de flores; faltaba prevenir que a éstas no las arrancara el vendaval de las pasiones ántes que el dulce fruto naciera.

I fué solo entónces cuando tuve la robusta voluntad de sacudir

mis sandalias del polvo impuro i corrompido de los innobles egoismos del Yo, que tantas víctimas sacrifica en aras de sus ambiciones i de sus placeres. I en este duro trabajo fuí iluminado con toda felicidad por la luz de la victoria.

I desde entónces con las mas dulces armonías se corresponden en mi ser esos dos mundos que tan pesados son cuando no van unidos por hilos de oro que les permiten jirar suavemente uno en torno de otro.

Defendido, pues, así de mis propias pasiones, como si llevara conmigo la égida i el casco de Minerva, recorrí por primera vez el mundo ejerciendo el ministerio del sabio i del filósofo, no con el dogmatismo del apóstol de las naciones, sino como lo hacia el divino Sócrates, sentándose en las plazas públicas i dejando correr de sus labios aquellas dulces palabras que producian tan májico efecto en sus oyentes, como para la vista lo hiciera el lapidario que espusiera a los rayos del sol sus mas ricas pedrerías.

I golpeé muchas veces las puertas de las diferentes iglesias del cristianismo i tambien de las mezquitas, de las sinagogas, de las pagodas...i en todas partes respiré con placer i con veneracion el santo incienso que algunos hombres de buena fé mandan al cielo en holocausto del Dios que adoran, i que creo sube mui dulcemente a su destino, tanto el que es enviado desde las orillas del Gánjes, de las riberas del Bósforo, del Celeste Imperio, de las orillas del Támesis o de las márjenes del Tíber. Creer de otra manera, es como creer que el sol de la ardiente Arabia no es el mismo que el de las frijidas rejiones polares.

Creer de otra manera, es creer que solo este mundo tiene Dios verdadero a quien adorar i nó los otros infinitos que ruedan por el vacío, porque los rayos de la intelijencia, desprendiéndose de cerebros de otra naturaleza, tienen que compren-

der el Númen Creador bajo formas i atributos mas o ménos deslumbradores i poéticos.

¿I por qué no habia de ser permitida la libertad en esta rejion tan alta del pensamiento, cuando a Homero, a Dante, a Ariosto, a Virjilio, a Milton...en rejiones mucho mas bajas se les deja en la plena libertad del pensamiento i de la fantasía?

¡Ah! es que al hombre, como ser moral e intelectual i sabiendo que se le escapa sin esplicacion la mayor parte de lo que le rodea, aun las cosas mas insignificantes, se le ha antojado creer que es infalible i sapientísimo tratándose de la mas excelsa de las alturas.

¡Ah! mui temerario, i aun, mas loco e insensato que temerario, seria el hombre que, por frájiles hilos de tela de araña, quisiera atravesar un abismo o subir a la cúspide de una montaña; no de otra manera es loco e insensato el hombre que por esa escala tan frajilísima e imperfecta que se llama la conciencia humana, se crea capaz de salvar el abismo de los abismos.

Nunca se me presenta el hombre mas pequeño que cuando lo contemplo queriendo escalar las alturas llevando los piés en el aire; i por el contrario, veo inmensamente grande a aquellos que, mil veces mas humildemente, tratan de subir, pero, fabricando escalas de diamante para ir poniendo la atrevida planta.

La tierra me ha visto, pues, recorrer todos sus mares i sus continentes i en todas partes sembrando la benéfica semilla de las leyes de la ciencia i las leyes de la moral; pero al fin de mi viaje me he encontrado rendido de cuerpo i alma, porque he tenido que andar por charcos de sangre, por entre incendios i toda clase de devastaciones, llevado todo a cabo por esos dos tiranos que se llaman poder cilvil i poder relijioso.

Mi pueblo mismo i mi casa habian desaparecido, porque allí los tiranos al pasar no encontraron perfumado el aire con el suave olor del incienso que los hombres, por espíritu de fanatismo, de ignorancia, de miedo o por simple maldad i egoismo,

lanzan al cielo en holocausto de aquel buitre que roia las entrañas de Prometeo.

Hoi solo viajo por encontrar un lugar misterioso donde debo encontrar la perfecta tranquilidad. Pues, he soñado, o alguna hada me lo ha dicho al oido, que ese lugar encantado que el destino me reserva es un paraje tan silencioso i solitario que aun el canto de la alondra seria una nota destemplada que perturbaria la solemne tranquilidad en que allí todo se envuelve.

Hijo de estos alcázares de oro, no estrañeis, pues, que rehuse la hospitalidad que me ofreceis i que para otro, admitirla seria la mayor de las felicidades; pero, yo que anhelo llegar a aquella feliz ribera, si fuera posible, en alas de algun rayo de luz, juzgad vos mismo, a pesar de que me ofreceis palacios fabricados con piedras traidas del Sol ¿no es verdad que todas esas maravillas son algo que no vale un grano de arena de ese paraíso perdido que yo busco?

—Noble viajero, contestóme el gnomo, he vivido muchos años en las encantadoras márjenes del rio de las Perlas, de cuyas aguas cristalinas como el éter de los espacios, cuando son besadas por los céfiros que vienen del próximo bosque de las Flores, nacen dulcísimas ondas produciendo deliciosos murmurios, como si fueran millares de ondinas que pulsaran divinas arpas. I creedme, vuestras dulcísimas palabras me han producido el mismo efecto qne los musicales murmurios de aquellas aguas que me vieron nacer i que me arrullaron en la cuna de flores i perlas en que se mecieron mis primeros dias.

I ahora, sabedlo de una vez, ese jénio o esa hada que ha batido sus alas a vuestro oido, ese ruiseñor, ese príncipe, ese pez de escamas de plata, ese ciervo, ese labrador i ese anciano que habeis encontrado en vuestro camino; creédmelo, ese era yo, que queria endulzaros las fatigas del viaje, probándoos a cada paso que acá arriba, ni aun en el verjel donde viven las mas hermosas i perfumadas flores, dejan de haber espinas que

hacen verter sangre, producir agudos dolores i aun dar la muerte.

Habeis, pues, concluido vuestros viajes, querido huésped, esta es la mansion que buscábais i a donde se os esperaba como al bien venido.

IX

I el gnomo sacando, como si fuera de su corazon, una llave que brilló entre sus dedos como si fuera la estrella Sirio, introdújola en una misteriosa cerradura i abrióse como por encanto una hoja de un solo záfiro, que parecia llegar hasta el zénit, i apareció a mis deslumbradas pupilas el *Paraiso perdido*.

I el gnomo me dijo:

—Entrad: i para que la mas leve ráfaga, aun de las mas puras e inocentes brisas de acá arriba no venga a viciar el ambiente de estas virjinales praderas, es necesario cerrar con triple llave.

I el gnomo hizo jirar dulcemente la jigantesca puerta de un solo záfiro, llamada puerta de la Luna que, por un momento habia sido abierta, i en seguida trasformóse él mismo en una hada hermosísima; i tomándome por la mano me hizo cruzar un Eden florido.

X

Sí, un Eden, difícil i casi imposible de darlo a conocer por medio del vulgar lenguaje del hombre.

Sí ¿cómo pintar, desde luego, un suelo ondulante donde se ajitan, mediante los dulcísimos i alados céfiros, todas las bellezas del vasto reino de Flora?

Allí estaba, en efecto, la mas bella de las hadas, talvez la

misma diosa Flora, presidiendo con varilla májica en la mano, el nacimiento de estas hijas queridas del Sol i la Tierra, llamadas *flores*.

En ese momento, parecia que la diosa Aurora acababa de acariciarlas, dejando en sus corolas las perlas i los diamantes que sus manos derramaban al pasar. Sí, en ese momento, el humilde suelo parecia un firmamento, en que cada flor se asemejaba a una constelacion donde reverberaban mil luces diferentes.

Allí estaba la flor misma en que fué convertido el bello Narciso, todavía en la actitud de contemplar su imájen en el terso espejo de una fuente de cristalinas aguas, a donde millares de ninfas acudian a cantar el himno del amor i de la hermosura.

Por allí cruzan mansos arroyuelos de diáfanas aguas, ya rosadas, ya de color de cielo o ya de color diamantino, i siempre murmurando algo así como una eterna cancion de amor i felicidad.

Por acá i por allá, cascadas de aguas clarísimas que al caer cubren el ambiente de chispas mas bellas que las perlas i los rubíes. Lagos azulados, donde el ruido de la onda pura de sus aguas es como el arrullo del ruiseñor.

I ya en la fuente, en el lago, en las corrientes aguas, vagan, cruzan i juguetean las Náyades, las Nereidas i las Ondinas i se asemejan a rayos de sol que se reflejaran en el cristalino espejo de las aguas.

I sembrados como hermosos florones, por acá i por acullá, los bosques misteriosos, rivales de los mas bellos palacios en que brilla por todas partes el oro i el marfil, i aquí la obra de la naturaleza basta i sobra para deslumbrar a todo ojo mortal.

Desde los cortinajes de azucenas i jazmines hasta las columnas de palmeras orladas de arriba a abajo de festones rojos

como la grana, de amarillo como el oro i de azul como el color del cielo i hasta las notas dulcísimas i encantadoras que de millares de gangantas arjentinas inundan el aire i hasta el resplandor contínuo de otros tantos seres vivientes ataviados mas ricamente que los habitantes de los dorados palacios... todo, todo en estos alcázares es el emblema de la suprema belleza i del supremo deleite.

I luego, las frescas Brisas i los dulces Céfiros que aquí cuelgan sus áureos capullos de las mas lindas ramas verdes, i que, solo aquí, en este cielo terrestre, se dejan ver en su verdadera figura de aladas i rosadas mariposas que todo lo envuelven en la mas suave frescura; se dejan ver como van en jiras graciosas buscando i besando a sus predilectas, las lindas flores, i a las ninfas cuando éstas se solazan sobre las tranquilas aguas, lo que hace que éstas se ricen en ondas que producen, así como dulces jemidos de amor.

I en fin, parece que de debajo de cada hoja, verde i brillante como la esmeralda, i de cada flor brotara el sonido de alguna áurea cuerda pulsada por divina mano, porque el ambiente, ademas de los embriagadores perfumes, está tan lleno de armonías, tal que el oído humano parece se encuentra incapaz de soportar tanta delicia.

XI

Por último, la hada me condujo hasta el pié de una suave colina bordada de rocas de oro i diamantes, i a cuyo pié serpenteaba un riachuelo de aguas doradas i tan diáfanas que parecian nacidas de alguna fuente del Sol, i la hada me dijo:

—Aquí concluye uno de los mil vestíbulos de nuestro paraíso. Un paso mas i ya podreis gozar de la maravilla de las maravillas, de ese eje de diamante de que ya os he hablado, que va desde uno a otro polo de la tierra, que sirve de an-

torcha a nuestro paraiso, i él mismo recibe i absorbe la luz purísima de las dos estrellas polares, de Sigma Octante por el polo austral i de Alfa de la Osa Menor por el polo boreal.

Un paso mas allá, i todo pesar, toda amargura que podais traer en vuestro corazon, habrá desaparecido.

Lavad vuestros piés en estas doradas aguas, para que no lleveis ni un átomo del polvo de allá arriba.

I ámbos traspasamos ese hilo de oro que nos separaba del verdadero paraiso de la perpétua felicidad.

XII

Sé que estuve mil años fascinado con el esplendor de tantas bellezas i con el perfume de tanta felicidad sin perder ni un solo segundo de mis años, es decir, de mi juventud; i al fin de este tiempo, fué necesario abrirme la misma puerta de un solo záfiro por donde habia entrado i subir de nuevo a la superficie de la Tierra, mui enfermo de la nostáljia de la dicha mezclada de los negros pesares: a la copa eternamente embriagadora de felicidad que a todos momentos llevaba a mis labios, sentí al fin, que le faltaba un poco de acíbar, de eso que tanto abunda acá arriba, en la superficie de nuestro mundo.

¡Tal es la triste condicion humana!

XIII

Me encontré, pues, con una jeneracion hija de otras diez que ya habian pasado i que todo lo habian modificado. Noté luego que todos iban i venian con mas alegría i holgura; encontré que el libre pensamiento estaba al aire libre i volaba de un estremo a otra del mundo; ví a mucha jente aventando el inmundo polvo de ruines palacios donde en otros tiempos

se condenaba, nó al asesino, nó al ladron, no al estafador... sino, de preferencia, al hombre que llevaba en su frente el estigma de una nueva luz.

I en fin, convine conmigo mismo, que éste era un hermoso despertar, i doblé una rodilla i adoré a toda esa pléyade de nobles mártires que habian contribuido hasta con su sangre i su vida a alcanzar esta nueva época de redencion.

Esperanza, amor, verdad

DEDICATORIA

Una, dos, tres..... canas lucen ya en mi cabeza.—He aqui las primeras nieves del invierno de la vida, i al cual no le sucederá una dulce primavera.

Tales reflecciones me han inducido a renunciar a todos los ensueños que me habia forjado, a la vista de un pedazo de cielo que, en un bello dia, se me hizo visible i donde brillaba un astro tan hermoso como el Lucero del Alba; pues, comprendo cuan mal luciria una flor de otoño en medio de los esplendores de hermosísima primavera.

Pero, entre las luces infinitas que brillan en el firmamento, ¿no habrá alguna que venga a reflejar en mi mente sus divinos destellos i a enjendrar la vida donde ya principia a envolverse el sublime pensamiento entre las nieblas de pavorosa oscuridad?

¡Ah! Si hubiera un astro que llevara consigo todos los jérmenes de la vida, todas las luces de la juventud aun para existencias ya decrépitas.....!

Pero quien lleva aun un rayo de luz en la mente, paz en el alma i juventud en el corazon, tiene todavia derecho para cantar, como quien dice a la Luna, al Lucero del Alba i al Sol; a la ESPERANZA, AL AMOR I A LA VERDAD.

I como diria un poeta enamorado; si la bella azucena, en cuyo cáliz se encierra el néctar de suprema i divina felicidad, se dignara acariciar una de mis notas, cuando pasen junto a ella, en alas de los dulces céfiros; ello bastaria para vivificarme, como le basta a la gota de rocio un rayo de Sol para convertirse en lúcida perla.

Tal diré yo ahora, si la bella Institucion que lleva el simbólico nombre de *Luz* i *Esperanza*, se digna admitir benigna mis humildes acentos.

I

ESPERANZA

Esperanza, estrella de felicidad i de ventura, dadme uno de esos momentos en que el hombre se sumerje con delicia en vuestro seno; ya sea alimentando alguna ilusion, con tal que venga envuelta en un rayo de esa deidad que se llama Esperanza; o ya sea uno de esos momentos en que al blando sentimiento del amor se siente un paraíso bajo la planta; o en fin, dadme uno de esos momentos en que, a la luz de la Verdad, el hombre se hunde en las ondas sin fin de los eternos misterios de la naturaleza: i me vereis, cual esas espigas del campo, que al ser doradas por los rayos del Sol, crecen, maduran i fructifican en medio del placer, de la calma i de la felicidad.

*
* *

Viajeros de la vida, la Verdad os marca vuestro camino i el Amor os lo siembra de flores; pero, do quiera que vais, ¿no cruzan de cuando en cuando por vuestra mente sublimes aspiraciones? ¿No creis alguna vez sentir deslizarse por vuestros ojos, celestes visiones? ¿No hai delirios i fantasías doradas que quisiérais ver realizadas? ¿No sentis aspiraciones vagas, indefinibles, que si no os atormentan,os causan melancólicos arrebatos?

I, en fin, hai algo que creis no alcanzar jamas.—Una felicidad suprema i eterna que, aun cuando cruceis por campos de flores,

se os escapa como una sombra seductora. Pues bien, de ese algo, cuya lejana realizacion atormenta vuestros ensueños, pueda ser encontreis sobre la Tierra una que otra perla, con la cual debeis contentaros; por lo demas,mirad a ese cielo ideal que os habeis forjado: todo mortal tiene allí una estrella que se llama de la Esperanza; ella os infundirá valor i constancia para llegar tranquilamente al fin de la jornada.

*
* *

¡Estrella de la Esperanza! Sin tí, el hombre, para ser feliz, necesitaria no tener un espíritu de sublimes destellos i de aspiraciones a la inmortalidad; pues, aquél, por mas horizontes que traspase, por mas gloria i felicidad que pueda conquistar sobre la Tierra, lleva un vacío en su corazon, un sentimiento en su alma, que lo asemeja a un espatriado de algun mundo superior, i para cuyo consuelo no le resta mas que la misteriosa luz de la Esperanza.

*
* *

Las leyes soberanas de la naturaleza hacen del hombre un ser físico, intelectual i moral. Como sér físico, es altivo i bello, pero tan débil, que una gota de agua puede aniquilarlo. Como sér intelectual, es sublime, su patria no es solo la Tierra, es el universo entero; las celestes esferas le abren paso hasta el Sol, hasta las estrellas, hasta las mas remotas constelaciones, i en fin, hasta círculos infinitos del mundo real.

Pero, el hombre, como sér moral, vive en dos mundos, el de acá abajo i el de allá arriba, separados por el abismo de los eternos i sublimes misterios; para pasar del uno al otro de májicos esplendores, se abandona, confiado en las celestes alas de la Esperanza.

*
* *

¡Celestes alcázares de la luz, vosotros que encerrais todos los prodijios de la creacion, abrid las eternales puertas, para que pase hasta la humilde Tierra un rayo de la soñada mansion, allí donde el tiempo jamas bate sus alas, donde los ánjeles cantan aun la alborada del primer dia, la formacion del primer sol i el nacimiento del primer hombre! Dejad pasar ese destello de la luz divina; pues, el hombre no puede vivir sin ella: es la luz de la Esperanza.

*
* *

Esperanza; astro de divinos consuelos, desciende con tu inmaculada luz hasta el fondo de mi corazon, pues, aunque marcho por enmedio de los esplendores del dia, éste puede oscurecerse de un momento a otro i hundirme en eterna i lóbrega noche, sin llevar en tan solemne instante algo que me sostenga en mi infinita debilidad.

*
* *

Ya sea que el hombre marche por senderos de rosas o de abrojos, ya sea que el corazon lata al compas de embriagadora felicidad o de amargos pesares; ya sea que la mente se alce hasta los últimos cielos de la verdad, o que se hunda en el abismo de la mentira i del error, ven dulce estrella de la Esperanza! necesario es acariciarte siempre, como un emblema de salud i ventura, que hará mas fáciles i risueños los senderos de la vida.

*
* *

Dulce i encantadora infancia, tú no tienes mas horizontes que el jardin donde haces tus infantiles juegos, ni otro ánjel de tu guarda i de tus amores, que tu tierna madre. Para tí, la Esperanza se la lleva una mariposa en sus alas doradas, una flor en sus hojas de carmin, o la Luna en sus pálidos rayos.

*
* *

Juventud, tú tienes vastos horizontes: desde el oriente al zenit. Allí encuentras desde las doradas ilusiones hasta la verdad grande i sublime; pero hai una hoja de ménos en vuestra corona de ente racional, si no llevais un sentimiento innato en vuestro corazon que traspasa los límites de la razon i la inteligencia: esa es la verde hoja de la Esperanza,

*
* *

Noble ancianidad, acercaos tranquila a las rejiones del ocaso. El Sol, al hundirse en esas rejiones, es vuestra imájen, si en vuestro corazon arde la divina luz de la Esperanza.

*
* *

Himnos eternos del corazon, ¿por qué ajitais mi pecho con vuestros dulcísimos acentos? O es, acaso, que tambien prometeis algun paraíso, acá abajo, como la razon me lo ofrece en inmortales rejiones? Si es así, sentémonos a las orillas del rio de la vida, sin el desconsuelo de no encontrar algunas flores que nos embriaguen con sus perfumes.

*
* *

Astros del cielo, si el hombre tuviera el automático rodar que vosotros teneis en vuestras cristalinas esferas, no seria el rei de la creacion; i aunque, colocado como un sér microscópico en una gota de agua, realiza, mediante su eterna propension a la felicidad, el prodijio de fabricar en su pecho un cielo de ventura.

*
* *

¡Salud, flores bellas! No falta quien diga que sentis la felicidad i el dolor, vosotras que embelleceis la Tierra, asi como las estrellas embellecen el cielo azul.

Vuestros encendidos colores i vuestra esquisita fragancia es posible que presajien vuestras dulces i hermosas horas, i su ausencia talvez signifique vuestros momentos de amargura. Ahora os pregunto: ¿Teneis tambien un corazon donde abrigar el deseo de pasar del dolor a la felicidad?

*
* *

Pintadas aves de armónicos cantares, vosotras que con suaves trinos saludais las primeras horas del dia, sereis, acaso, ménos felices que las flores, que solo tienen el mudo lenguaje de su belleza i de sus aromas?

Quien canta como vosotras, tambien sabe llorar; i esto no lo negareis, porque vagando entre árbol i árbol, se os ha visto buscar algo que quizas es vuestro dulce consuelo i alegría. ¿Teneis, pues, un noble corazon donde cabe la idea de atesorar la felicidad i la dicha?

*
* *

Peces del mar, innobles reptiles, insectos voladores; los unos dormis eternamente en lechos de cristal; otros os arrastrais por el polvo i por el cieno, i otros, en fin, sois los hijos del aire i solo libais la dulce miel de las flores! Con cuántas diferencias os ha marcado el destino! I sin embargo, marchais por los anchos senderos de la vida en armónicos compases, deseando cada uno de vosotros, unos las cristalinas aguas, otros las húmedas cavernas, i otros el diáfano elemento donde os meceis brillando como centellas.

Se os adivina, pues, un corazon donde albergais el sentimiento de un deseo que os da la vida: podeis, entónces, ser felices o desgraciados.

*
* *

Mónstruos errantes, que vagais de bosque en bosque i entre hórridos desiertos, bien se adivina en vosotros horas magnánimas en que despreciais vuestros sangrientos i cuotidianos festines por dejaros arrastrar por algun mas noble sentimiento.

Si ante el placer de la sangre, aceptais este último, en ese feliz momento colocáos al lado de los que comprenden, sufren i esperan.

*
* *

I vosotros, para los cuales es cadena mas o ménos pesada, la esclavitud que os impone el hombre, vuestra mente es un cáos, donde la luz intelectual solo penetra por entre pesadas brumas; pero teneis un corazon donde no fermentan las hórridas tempestades. Felices sean, humildes animales, vuestras horas de trabajo; en vuestras horas de descanso, talvez sois mas nobles

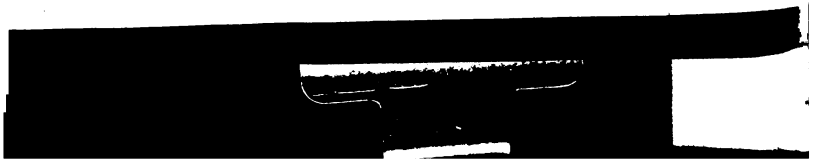
que el hombre: toda tribulacion, toda vejacion, quizas se ha borrado de vuestra mente. Que el cielo os conceda momentos de dicha, si es que en vuestro débil cerebro podeis formular algun humilde deseo.

* * *

Se pinta de magníficas luces el cielo, la Tierra de galanas flores, i aparece el Sol como un nuncio de esterna vida i de suprema dicha. Esta es una primaveral mañana, en que toda la naturaleza se ajita i goza. No obstante, desde el fondo de todo corazon que late, se levanta una oracion, una plegaria, en demanda de un don celestial, cuya dulzura solo él comprende, i sin el cual se marchitaria como la verde planta a la caida del crudo invierno.

* * *

Todo se hundiria en mortal silencio, si, al crepúsculo de la tarde, el astro del día no nos prometiera reaparecer en breves horas por las risueñas puertas del oriente. Así, rompamos las áureas cuerdas del corazon humano, i que enmudezcan en él las célicas vibraciones del Amor i de la Esperanza, i ya no veremos dibujarse en los horizontes de la vida, ni los tintes de rosa, ni los rayos dorados que anuncian la plácida dulzura de la existencia.



II

AMOR

Cuando el último rayo del astro del dia se hunde en el ocaso, todo un universo de relucientes estrellas ilumina las celestes esferas; i, sin embargo, las sombrías tintas dominan en el grande i silencioso panorama de la noche. Así tambien, el corazon humano podrá estar adornado de mil virtudes, cual si fueran lúcidas antorchas i, no obstante, las sombrías tintas prevalecerán aun, hasta que el *Amor*, a imájen del Sol, no venga a inundarlo de luz i alegría.

* * *

Llega el crudo invierno a cubrir de arjentada nieve las majestuosas cúpulas de las montañas. Al pié de éstas se estienden quizas inmensos i estériles valles; pero, si el Sol los dora con sus fúljidos rayos, entónces, cual corriente de eternal vida, brota de las altísimas cumbres el májico elemento que ha de convertir la árida tierra en floridos campos.

Así tambien jemiria el corazon humano, cual árida campiña, si las glaciales rejiones donde se alberga la excelsa i fria razon, al ser doradas por el astro del Amor, no se convirtieran en corrientes aguas de vida, que llevan la májica virtud de convertir hasta los abrojos en flores, aromas i luz.

*
* *

Cuando en una hermosa mañana el astro del dia despliega sus rayos de oro por la faz de los campos i montañas, su calor nos bastaria para la conservacion de la vida. Pero, si la luz no fuera su eterna compañera, todos los séres creados bendecirian al astro dispensador de la vida; mas, la yerba no tendria su verde esmeralda, las flores su aroma i bellos colores; en los árboles, al nacer de la mañana, no se mecerian trémulas perlas; el ave no elevaria al cielo dulces cánticos; ni el hombre mostraria su frente radiente de placer i alegría.

Así tambien ¡oh Amor! si tú no existieras, el hombre i todo sér viviente seria tan triste i melancólico, como lo serian el Sol i las estrellas sin los esplendores de la luz; pues, si ésta embellece a la naturaleza, *aquél,* derrama en la copa inmortal de la vida el néctar misterioso i divino que dulcifica la existencia, haciéndola rodar entre ilusiones i realidades de inmaculada ventura i felicidad.

*
* *

Cuando en pleno i árido desierto, i como creada por una divinidad, brilla la cristalina fuente a la sombra de verdes i floridos árboles, diríase que allí está la vida engastada en la muerte, cual fúljido diamante engastado en tosca piedra: i el viajero que, agobiado por mil rayos de fuego, llega anhelante a sus riberas, estraña talvez no encontrar hadas i ondinas que, en dulces cánticos, saluden al feliz mortal que alcanzó a tocar las playas de la vida.

Viajeros del Universo, si azotados por el destino, marchais llevando el desconsuelo i la muerte en el corazon i en el

alma, os deseo como al viajero del desierto, un oásis, en que un sér querido, sea el árbol verde i florido, i los raudales de su Amor, la fuente pura i cristalina, donde troqueis el desconsuelo i la muerte por la felicidad de la vida.

*
* *

El cáliz que encierra toda la dicha humana o sea, el Amor, no fué robado al cielo, como lo hizo Prometeo, robando a los dioses el sacro fuego de la ciencia; pues, aquel es un don dispensado desde el primer dia por el Supremo Hacedor a todo sér viviente, como complemento indispensable de la vida; pues ésta, en medio de sus májicos misterios, bella como la luz, como las flores, como el aire que respiramos, lleva signos fatales en su seno que, acibarando las pocas horas en que al hombre le es dado tener voluntad, pensamiento i sensibilidad, no dejan mas puertas a la dicha i al placer, que aquella por donde cabe una gota del celestial rocío del Amor.

*
* *

Corrientes inmortales de la vida en valde elevaríais al hombre hasta la jigante omnipotencia de la razon i de la intelijencia, si no hubieran de lucir para él esas felices horas en que el celestial mensajero de la felicidad universal viene a posarse en su corazon.

*
* *

Dulces cantores del cielo i de la tierra, ¿habeis encontrado en el májico jardin de la creacion, alguna flor tan hechicera que no deba su mas rico perfume a ese don celeste, sin el cual ni las estrellas brillarian en el firmamento?

*
* *

I vosotros mismos, ¿por qué entonais tambien el himno del amor? ¿Por qué no pasais rodando tranquilamente en vuestras órbitas, como astros luminosos, sin sentir mas placer que el de la vida i el de la contemplacion de la verdad?

*
* *

Pero, desde Sócrates hasta Ptolomeo i Newton, ya os veo descender hasta la tierra, olvidar vuestra corona de divinas luces i os oigo, a la vez, esclamar cual simples mortales: «Paloma celestial, si tú no existieras, no brillaria para mi el lucero del alba; pues he cruzado por las esferas luminosas de la verdad i no habia encontrado ese algo indescifrable que buscaba mi corazon; pero al fin, en medio de mil estrellas te ví, i sentí rodar a mis plantas el Sol i la Luna, i en el el cielo azulado solo a tí, alumbrando el dia i la noche de mi existencia».

*
* *

«Imájen dulce de mis ensueños, quedaos para siempre en el excelso trono que os ha fabricado en ideal firmamento; pues necesario es, para llegar al término fatal de la vida, marchar entre abrojos i abismos de dolores i de dudas; solo vos podreis dorar con dulces resplandores el áspero camino, dar aliento al corazon i bellas ilusiones al noble espíritu».

*
* *

«Dulces horas de amor, no os vayais, pues, tan lijero, como llevadas en alas del huracan. ¿Por qué no reposais algun tiempo

en mi pecho, donde recibireis la mas cordial hospitalidad? Allí tendreis mis ojos que con todos los fuegos del Sol, os traducirán mi Amor; en mi frente serena leereis mi felicidad; mi corazon estará siempre atento a vuestros menores deseos; i mi alma toda os servirá como de firmamento, donde jamas, ni aun nubes de rosa vendrán a empañar su pureza.

Es cuanto puedo ofreceros, porque, nada tengo mas digno de sacrificaros, como un holocausto al placer i como una suprema dicha que siento al poder albergaros en mi humilde casa. Quedaos, pues, no voleis todavía al cielo; a esa mansion donde no hai horas; allí donde solo sereis una lágrima de rocío matinal, miéntras que aquí, en mi pecho, sereis un mundo en el que cabe toda felicidad de un sér intelijente i libre».

*
* *

¡El corazon! Centro eterno de todos los poemas de la vida! Aquí es donde nacen las bellas auroras, por donde nace el Sol de los inefables placeres i de todos los grandes goces humanos. Pero, tambien por estas mismas puertas de amor i de esperanza, cruzan ráfagas de dolor i de amarguras i tambien de negros odios i de rujidoras venganzas.

*
* *

¡Corazon! Nadie sabe el misterio que se encierra en tus profundas i lóbregas mansiones. Allí fermentan el bien i el mal, envueltos en misterios insondables i con ellos inefables dichas i tormentos de infinita amargura.

*
* *

¡Corazon! Tú eres unas veces, como un sol, en torno del cual

ruedan humildes la intelijencia i la razon; i entónces, o alumbrais los pasos de un ánjel en su efímero tránsito por la Tierra, o bien alumbrais la marcha fatídica i tormentosa de un jénio sombrío i maléfico.

*
* *

Otras veces, eres el humilde satélite que rueda acompasadamente en torno de la intelijencia i de la razon; i entónces no hacen mas que correr para el hombre dias bonancibles en que pueden alternar placeres tranquilos i dulces con acerbas penas i dolores, sin que la calma i el sosiego se quebranten.

*
* *

Bella i graciosa infancia, tú vas siempre alumbrada por los mas puros efluvios del corazon; pero ésta es como un sol primaveral que no hará mas que derramar flores i perlas en tu camino.

*
* *

Dulce i apacible ancianidad, vuestra frente serena, brilla como la faz de la plateada Luna, i vuestro corazon es un lago tranquilo que se adormece bajo sus ondas cristalinas. I, sin embargo, talvez ellas fueron aguas cenagosas i turbulentas que llenaron de desolacion su camino, en lugar de ser el claro i manso rio que siembra de mieses i de flores los que ántes eran tristes i áridos valles.

Pero no os aflijais; la plácida calma del astro de dia, es solo ficticia, pues él rueda por los espacios en medio de tremendas convulsiones i, sin embargo, es el padre de la vida en el mundo que habitamos. Quedaos pues tranquilos en vuestro lugar; la juventud os contemplará desde léjos, el filósofo os estudiará,

i la humanidad sacará de vestros delirantes estravios clara luz para iluminar sus pasos al traves de los siglos.

*
* *

Así como de las rejiones polares del mundo, allá donde habitan las eternas nieves, suelen levantarse hasta el cielo las esplendorosas auroras al solo impulso de vitales elementos; así tambien, de nevadas cabezas, suelen brotar efluvios de luces al impulso suavísimo de corrientes que se levantan del corazon, cuando ha brotado allí la eléctrica chispa del amor.

*
* *

Pero, ¡oh juventud! vos que llevais un volcan en vuestro corazon, i en vuestra frente las luces de un sol canicular, yo, descendiendo ya al ocaso de la vida, admiro vuestros esplendores; pero nó las bacanales de vuestro espíritu, ni de vuestro corazon las flamíjeras tempestades.

*
* *

¡Oh juventud! No quiero uno de esos dias en que vuestra razon no luce en el zenit con sus magníficos esplendores i solo marchais al ruido siniestro i descompasado de vuestro corazon.

*
* *

Pero mil veces venturosos si lograis apagar el siniestro fuego donde arden los inmoderados deseos, las desenfrenadas pasiones; i marchais al compas armónico i tranquilo de la lei natural, dejando tiempo para que, en el augusto templo de la razon i de la intelijencia, resuenen los dulces ecos del bien i de la verdad.

*
* *

Divinas antorchas del firmamento, ¿qué poder es el que os ha rodeado de tanto esplendor i grandeza? ¿Qué poder es el que se complace en manteneros colgadas en el espacio, como eternas lámparas del Universo? ¿Qué poder es el que os ha multiplicado como las arenas del mar? I en fin, ¿qué poder es el que os obliga a rodar por los abismos eternos al son de divinos compases? Yo os lo diré: el Artífice de tantas maravillas, es el mismo que vió salir de sus manos el corazon del hombre con la inefable complacencia de un supremo arquitecto.

I así como a los mundos siderales les dió sus leyes para que permanecieran en eterno equilibrio, al corazon lo sometió a las leyes del Amor.

*
* *

Cuando en primaveral mañana se tiñe de azul el cielo; cuando las rosadas tintas de la aurora llegan al oriente precediendo el carro glorioso del astro de calor i de luz; el uno que es vida, i la luz que es belleza, hacen que toda la creacion se sumerja en los éxtasis embriagadores de la vida. Pero, todo en el corazon seria noche tenebrosa, sin Amor, i es primaveral mañana cuando éste con sus dedos de rosa entreabre sus puertas.

*
* *

Abrid, mortales, vuestro corazon a este divino mensajero, que a su vez el cielo os abrirá una de sus puertas para que podais contemplarlo.

III

VERDAD

La poesia se complace en cantar todo lo que es grande i bello pero los acentos que se levantan de la mansion del hombre, no tienen notas tan dulces i melodiosas para que las mas delicadas de sus vibraciones sean dignas de figurar en un himno a la purísima luz que se desprende de la verdad.

* * *

Verdad: fuerza i espíritu de la naturaleza; palabra de májicos encantos; luz mas clara que la del Sol i aun mas refuljente que la de todos los globos de ardiente fuego que encierra la creacion; tú eres esa palabra celeste i divina con la cual el abismo i el cáos cantaron el amanecer del primer dia.

* * *

Sombras de la noche; luces del dia, todas teneis sublimes encantos. I el hombre que tiene arcanos donde resuenan misteriosas cuerdas, adora la mano que sembró de estrellas la bóveda azulada i la que dió luz i calor al astro radiante del dia i con ellos la felicidad i la vida.

*
* *

I rueda la Tierra sin cesar en torno del astro de luz; i el astro de luz, rueda sin cesar por los abismos de la creacion; i la creacion rueda sin descanso por los abismos de otras desconocidas creaciones, i éstas jiran por los abismos que solo la mente divina puede comprender.

*
* *

Allí va, pues, el mundo que habita el hombre, deslizándose como una sombra microscópica, formando espirales sin fin, i donde ni el tiempo ni el espacio le prestarán sus riberas. Esta es la mansion del hombre, mirada a la pura luz que el astrónomo, cual nuevo Promoteo, ha arrancado a los cielos.

*
* *

Pero, nada hai dentro del Universo que sea bastante grande para que se le pueda considerar mayor que un átomo; i tampoco hai nada tan pequeño donde no quepa toda la admiracion de que es capaz la intelijencia humana.

*
* *

Dejemos pasar, con el silencio de los abismos, a los mundos siderales, tan numerosos como las arenas del mar i todavía mas sublimes i magníficos que el astro del dia. I bajemos nuestra mirada desde esas inconmesurables alturas hasta nuestra humilde mansion, i asistiremos al prodijio de una chispa de fuego convertida en una rejion de eternales primaveras.

*
* *

Rejiones azules i doradas del oriente, se adivina que en vuestro seno viene sumerjido en mil rayos de fuego el astro de la luz i de la vida. Toda la naturaleza espera con regocijo i con avidez relijiosa las primeras centellas que anuncian tu aparicion i que van a perderse en el azul de los cielos. I cae de improviso tu celestial manto de íris, en el momento en que tus rayos de oro i de luz bañan la espléndida faz de la Tierra. Hora solemne, en que el himno mil veces armónico de la réjia naturaleza rompe el silencio de la inercia i principia el trabajo de la reproduccion, de la vida i del placer.

*
* *

«Gloria al padre de la vida i de la luz»! es un eco confuso que brota de la tierra i corre de hoja en hoja i de flor en flor; i lo repiten las tiernas avecillas en melódicos trinos i lo repite el hombre en el lenguaje que a él solo le prestan los cielos. Las estrellas se duermen en el seno de la luz, i la blanca Luna deja de ser el astro melancólico de la noche.

*
* *

I se levanta el astro luminoso sembrando de perlas sin fin el verde tapiz de los campos, la copa de los árboles i la corola de las flores. I entónces principia a efectuarse en el seno de la Tierra ese trabajo incesante, activo i vivificador que termina por dar a las plantas sus verdes hojas, a otras sus bellas flores, i a otras aun sus sabrosas frutas.

*
* *

Mas allá, aun, se deshiela la laguna, el estanque, el rio i las blancas nieves que cubren la cima de las montañas. I todavía, las dulces brisas parece que han huido furtivamente de sus misteriosos palacios para venir a juguetear como los inocentes niños, ya entre las verdes ramas, ya entre las hermosas flores, o ya por la superficie del trasparente lago.

*
* *

Nace, pues, el calor i la luz del cielo, con el Sol que se levanta, i con ellos viene el contento universal. El uno despierta de un letargo de muerte a la naturaleza entera, i la otra le presta sus primeros cuidados i las dulces tintas con que se engalanan todos los séres que nacen a la vida.

*
* *

El mundo inerte i mudo que se llama reino inorgánico, principia ese trabajo tan sordo que el oido humano no alcanza a percibir sino es el filósofo en esas horas solemnes de la vida en que se sumerje en el silencio i en lúcida meditacion; i entónces no es estraño que lleguen a sus oidos esas cadentes notas que anuncian que, hasta la piedra bruta, al tomar las elegantes formas del cristal, ha sacudido tambien su pesada cabeza para gozar, aunque en letárjico sueño, del gran festin de la vida.

*
* *

Allá, en ese otro mundo, que se llama vejetal, se ve tapizada

la Tierra con los suaves colores de la esmeralda. Nadie ha sentido el ruido de sus pasos; i sin embargo, poco ántes, allí no existia mas que le eterna inmovilidad; i ahora, como por vía de majia, se ve dibujarse por acá i allá, lindas flores donde alternan las gracias con la belleza. La luz i el calor han operado este prodijio de enjendrar tanta vida donde no habia mas que la muerte.

*
* *

I el filósofo, al entonar el himno de la vida i del amor, no olvida que estas hijas de la mañana i de la primavera deben tomar parte en el regocijo universal; pues ellas tambien nacen, viven i aman con el hombre, aunque eternamente agobiadas por las inflexibles i duras cadenas de la inercia.

*
* *

El aire se ve poblado de un enjambre de insectos; los unos brillando como las mismas flores, i los otros, aunque mas modestos, pidiendo a éstas su rica miel, que liban con delicia. Mas allá aun, las tiernas avecillas elevan cánticos ya tiernos i melancólicos, o ya fúljidos i ardientes, en los cuales quizas va envuelta toda una épica felicidad.

*
* *

Bajo la accion de todos los elementos vitales que se llaman luz, calor, magnetismo, electricidad, pesantez... tambien el hombre, como todos los demas entes de la creacion, nace, crece, se multiplica i es el único entre todos los séres de la naturaleza que

puede, como una brillante antorcha, derramar luces a torrentes desde ese centro tan misterioso que se llama el cerebro humano: prisma eternamente maravilloso, donde las ondas creadoras de fuerza i de luz material, que dan vida i sostienen el universo, se transforman en esa llama inmortal que se llama razon e intelijencia.

*
* *

Dejemos, pues, al hombre material crecer i multiplicarse, ni mas ni ménos que las hermosas plantas, bajo la accion de misteriosos ajentes físicos, i adoremos la mano omnipotente que le da ese perfume divino que se llama la razon, la intelijencia i el sentimiento.

*
* *

I ¡cuán hermosa eres, luz de la razon i de la intelijencia, brillando en la altísima mente de Newton i Kepler! Pues, si el hombre levanta su frente a la celeste bóveda en alas de esos jenios divinos, mil luces i armonías vienen a encantarnos, i la intelijencia se baña entónces en las dulces verdades que se desprenden gota a gota del Sol, de las estrellas i de todos los puntos de la brillante naturaleza.

*
* *

Oigamos al físico cuando nos dice con épica admiracion.— «El rayo de luz blanca que cae sobre el diáfano prisma que sostengo entre mis dedos, se convierte en una banda de tan

bellos matices, que ni las hermosas flores pueden imitar cuando despliegan los pétalos en sus felices horas de primavera».

Asi tambien, al desplegarse ante nuestra vista ese perfecto órden i armonía en que se mantienen todos los séres creados i tambien como la vida brota por todas partes i con ella ese concierto universal que arroba el espíritu humano, al caer en ese foco misterioso que se llama el cerebro del hombre, se descompone tambien, nó en los bellos tintes del iris, pero si en los divinos principios de la moral universal i de las inmortales leyes que encadenan al universo físico.

* * *

Oigamos ahora a un Pitágoras pulsar aquella lira en que cada sonido de cuerda imitaba el blando rodar de la Luna i del Sol por las rejiones ideales del espacio.

Dejémosle aún ser el profeta inspirado que adivina las leyes eternas de la pesantez universal i que marca a cada mundo *planetario* su verdadero puesto en las rejiones del éter; i veremos cómo, al cruzar esas imájenes tan grandiosas de órden, *armonía* i belleza, por la lúcida mente de aquel inspirado filósofo, sonó tambien en su lira inmortal, como tocada por algun *jenio* superior, la palabra misteriosa, que mas tarde destrozó las columnas del olimpo pagano.

* * *

Si a un májico le fuera posible dar a las flores sus encantadores perfumes, esto no seria tan bello i sublime, como es para

el filósofo arrancar a la lei física ese perfume, aun mas embriagador, que se llama lei moral.

* * *

Desplégase a nuestros sentidos todo el mundo material, con toda su magnífica belleza. Baja un rayo de luz de una de las infinitas antorchas celestes, i nuestros sentidos quedan anonadados en presencia de la fantástica velocidad con que ha recorrido su camino; trata el hombre de contar los mundos que flotan en el vacío i se encuentra impotente para ello; mide sus volúmenes i se ofusca con tanto esplendor i grandeza. Ve aun rodar por el éter, a manera de torbellinos, la creacion entera i entónces siente que el Himalaya i el Niágara, el uno imájen de las columnas del cielo i el otro de las cataratas de la creacion, pasan jugueteando por su mente, ni mas ni ménos que como pasa a los ojos curiosos del niño la bella mariposa de brillantes colores.

I el noble espíritu, alzándose entónces en alas de estas visiones encantadoras, deja la Tierra que habita, como el ave que deja la roca solitaria en que descansó un momento, i se sumerje con delicia en los éxtasis sublimes del noble pensamiento.

* * *

Detengámonos, pues, ante el hombre moral e intelectual. Aquí, en valde resuena la inspirada lira del poeta o del filosófo, porque entre sus suavísimos acentos no habrá talvez uno

que pueda traducir los secretos maravillosos del corazon i del espíritu.

¿Quién podrá comprender a este último, cuando se mece mas dulcemente que la purísima luz de las estrellas en las rejiones mas etéreas del pensamiento, ni tampoco a ese abismo que se llama el corazon, en el cual, tan pronto rujen en su seno hórridas tempestades, como brillan todos los encantos de una mañana de primavera?

*
* *

Álzase, pues, del seno fecundo de la naturaleza una luz poderosa que eclipsa la de todos los astros del cielo. Esa es la luz de la razon i de la intelijencia, sin la cual el hombre obraria tan desordenadamente, que ni acertaria a sobrellevar la existencia, ni mucho ménos a elevarse a las sublimes concepciones donde se encierran las divinas verdades de la creacion.

*
* *

Mediante la luz misteriosa que arde en el cerebro humano, surca el hombre por el reino de la vida, perfeccionándose, trabajando i estudiando el gran libro de la naturaleza. Descifra una en pos de otra las verdades que, mas que las arenas del mar, están derramadas por todo el universo, i que lo sostienen, lo vivifican, lo embellecen i le dan inmortalidad.

*
* *

¿Qué serian para el hombre todas las verdades que en su seno encierra la gran naturaleza, si éstas, cual la nocturna ma-

riposa, no vinieran a quemar sus fúljidas alas en la llama inmortal que arde en el cerebro humano? En efecto, ¿cuál es la majia que se encierra en este débil aparato, para que de todo el universo material, al cruzar su imájen por sus misteriosas concavidades, salgan esos séres alados e inmortales que el hombre llama Verdad? Esta será siempre una nube misteriosa, que para descomponerse en divina luz, necesita un prisma algo mas acabado que el cráneo de un Homero o de un Virjilio, de un Sócrates o de un Platon.

*
* *

Dulces horas de tranquilidad i meditacion, en vuestros momentos mas felices se han elaborado en la mente humana dos mundos mas bellos que el Sol; el mundo *moral* i el mundo *intelectual*. Ambos han penetrado, por las cinco áureas puertas que conducen a la májica rejion del cerebro; i ámbos de concierto suben a las etéreas rejiones donde brillan las celestes constelaciones. Pero, éstas, apénas serán dignas de formar el pedestal de las inmortales columnas en que han de reposar esos dos mundos que van a unirse con la célica i divina fuente de la eterna vida i de la eterna ventura.

*
* *

Ecos sublimes del alma, ¿hasta dónde habeis remontado el vuelo, cuando habeis traido hasta la Tierra, cual la paloma diluviana trajo el ramo de olivo, las palabras de eterno consuelo i dicha, Dios e Inmortalidad? ¡Sin embargo, quizas no habeis

hecho mas que jirar en torno de la flor que se mece humilde en la amena campiña! Su aroma, sus bellos matices, sus amores, su silenciosa existencia... al cruzar por el cerebro humano, se han transformado talvez en las dos mas sublimes concepciones del espíritu, cual la vil crisálida, bajo la accion de un rayo de Sol primaveral, se convierte en aérea mariposa de mil colores.

*
* *

En vano habria sonado inspiradamente el harpa hebrea de los divinos cantares, si estas dos místicas palabras, Dios e Inmortalidad, no estuvieran escritas desde la yerba que se abate por el suelo hasta las célicas rejiones donde nacen las estrellas. Sublime encadenamiento, sublime cadencia como el de la armónica cuerda que al vibrar llena el espacio de ondas sonoras que se derraman en círculos fantásticos en torno de un centro comun.

*
* *

¡Rejion misteriosa del cerebro humano! Un principio de sublime virtud hai en tí, que convierte la vision material en leyes morales e intelectuales; las unas hacen del hombre un sér justo i bondadoso, i las otras un semidios que predice a los astros sus eternas revoluciones.

*
* *

Levántanse, pues, como las mas hermosas flores del verjel humano, Bacon i Descártes, i anuncian que las bellas tintas de

la aurora de un nuevo dia van a reemplazarse por un Sol de luces májicas e inmortales. I aparecen entónces, por los brillantes horizontes del mundo intelectual, un Buffon, un Cuvier, un Humboldt, un Laplace... que llevan en sus manos antorchas que derraman divina claridad.

*
* *

En efecto, cual rompe la luz del alba, anunciando con sus dulces i suaves tintas el nacimiento de un nuevo dia, así fué el amanecer de otros grandes i gloriosos tiempos en que, a la voz inmortal de Copérnico, rasgóse el velo que, bajando desde las sublimes alturas del Sol i de la via Láctea, hasta la Tierra, desapareció como por encanto la bella ilusion que hacia de nuestra morada, la reina hermosa de los incomensurables espacios.

Cesaron las misteriosas estrellas de rodar vertijinosamente en órbitas concéntricas; los mundos planetarios dejaron sus curvas caprichosas; la mansion del hombre pierde su eterna inmovilidad i con ella el solio del universo; i el astro esplendoroso, padre de la luz i de la vida, fué aclamado rei i señor, entre los mundos que lo circundan.

*
* *

Cruzó por la mente del gran Keplero, la imájen de astros errantes, hasta entónces sin rumbo ni lei conocida, i de entre los mil laberintos de su grande i sublime espíritu, brotaron cual divinas flores, las leyes con que, desde el nacimiento del primer dia, ligó unos mundos con otros el Supremo Arquitecto del Universo.

*
* *

Cayó en presencia del gran Newton, el sazonado fruto de un árbol, i al cruzar esta imájen por su inmortal cerebro, salió trasformado en fruta mas sabrosa i mas bella: tales son las leyes inquebrantables con que se gobiernan todos los astros del cielo.

*
* *

Vacilante como la gota de rocío que pende de la hoja de una flor, se mostraba la bella Sirio de blanca luz, a la brillante pupila del astrónomo; i a la cadencia matemática de tan sutil movimiento, nació en su mente inmortal la idea de dos Soles, brillando como una sola antorcha del firmamento. Tales maravillas se ocultan en los pliegues misteriosos del vacío.

*
* *

Rodaba tranquilo Urano por el insondable abismo; una rueda parecia vacilar del glorioso carro que lo conducia en su majestuoso camino en torno del astro del dia, i siempre el astrónomo buscando las eternas cadencias, adivinó mas al fondo del abismo, un mundo nuevo que se llamó Neptuno.

. . . . . .

. . . . . .

Gloria al Supremo Autor que dió la luz con que el Sol da

vida i belleza a mil mundos; Gloria al Supremo Autor que sembró de luminarias, como el Sol, el vasto firmamento; pero, que resuenen por una eternidad, en armónicos sonidos, los ejes inquebrantables de las estrellas, modulando el divino Hosanna al Supremo creador de la luz del espíritu, que es la única que ilumina el místico sendero que une los mundos materiales con el de las eternas fuentes de la vida.

*
* *

Ecos sublimes de la naturaleza, dejad tambien que a la luz i a la verdad vengan a unirse la Esperanza i el amor; éste con sus alas de mariposa permitirá al hombre cernerse sobre doradas nubes, i la Esperanza, con sus alas mas blandas que el éter, le llevará por sobre las estrellas, hasta Dios.

*
* *

Ecos de la mañana i de la tarde, acentos de la luz i de las tinieblas, melodías sublimes de todo lo creado, vosotros que pasais mas suavemente que los céfiros matinales, mas silenciosos que la suave luz de las estrellas i mas dulce i armónicamente que el primer sueño de amor, os entrego mi espíritu para que lo inundeis con la divina i pura esencia con que salísteis de las manos del Creador.

Pensamientos

Lo que es el firmamento estrellado para la vista, el néctar i la ambrosía para el paladar de los dioses, la esencia de los jazmines i rosas para el olfato, es la música para el oido.

✣ El sonido de una cuerda pulsada por la mano maestra de algun Orfeo, es al sistema nervioso, lo que es el golpe eléctrico para el alambre que va de un estremo a otro del mundo.

✣ Así como las dulces brisas marinas purifican el aire de las ciudades, así la música purifica el alma humana, dejando solo lo que es noble i jeneroso.

✣ Las ideas del artífice, que se suceden armónicamente para llegar a elaborar un objeto de arte, son como las cadenciosas notas que se suceden unas a otras para llegar a una sublime melodía.

✣ Todo lo que es bello es música, o bien, toda belleza es una melodía.

✣ Una flor con todos los encantos de sus colores, de su perfume, de sus bellas formas i de sus virtudes, es una melodía.

✣ El amor en cualquiera de sus mas nobles manifestaciones, es un canto, es una melodía.

✣ Un acto de caridad, de abnegacion, de heroismo, son melodías que embriagan el alma i el corazon.

✣ Si las leyes universales de la atraccion i del movimiento de los astros se quisieran traducir por medio del arte sublime de Euterpe, para darle la verdadera grandeza, seria necesario que los rítmicos instrumentos fueran pulsados por la mano misma del dios Apolo.

✣ Hai muchas clases de música: la música que necesita del órgano del oido, aquella que necesita del órgano de la vista, aquella que se desprende de todo acto noble i jeneroso, aquella que se desprende del amor, de la ciencia i de la poesía.

✣ ¡Qué ideas tan luminosas, como rayos de Sol se habrán sucedido cadenciosamente en el cerebro de un Homero, en el de un Fídeas, de un Praxíteles, de un Newton, de un Rafael, de un Miguel Anjel, de un Copérnico, de un Laplace, de un Colon!... para llegar a esas felices i monumentales creaciones de las ciencias, de las artes i de la poesía, ante las cuales el hombre se estasía en su contemplacion, gozando con la vista i con el espíritu, cierta música infinitamente mas grandiosa que aquella que mas arroba el oido como divinales producciones del arte sublime de Euterpe.

✣ Un Homero pulsando la inmortal lira de donde nació la olímpica Iliada, es una estrella de segunda magnitud ante ese astro brillante que se llamó Newton, a los divinos acentos de cuya lira nacieron las celestiales leyes del equilibrio universal.

Mirar al cielo estrellado, no es mirar la mansion de lo inmortal, de lo eternamente jóven, nó, allí como en la Tierra los magníficos soles, los innumerables soles, brillan desde las in-

fantiles edades hasta aquellas ancianidades en que ya se dibuja la inexorable muerte i la muerte misma. Es probable que si nuestro Sol tomara la forma de un habitante de nuestro planeta, a juzgar por lo que dice el espectroscopio, representaria la edad media de un hombre de 35 a 40 años, proporcionalmente a la que tiene como soberano Sol.

✣ El mayor templo erijido por la Naturaleza a la memoria de los sabios de la Tierra, o sea su gran Panteon, es la Luna; pues allí brillan hoi los nombres de los mas preclaros sabios antiguos i modernos.

✣ Cuando la tempestad, en sus momentos de supremo furor, arrastra las arenas de los grandes desiertos, el mas pequeño de sus granos, en el jigantezco torbellino, si significa el mundo Tierra, el resto significará el estrellado Universo.

✣ No es estraño que haya un gran mundo hecho pedazos, entre el omnipotente Júpiter, padre de los dioses i el cruel Marte, dios de la guerra. (Los Asteroides).

✣ El amor misterioso i divino no es estraño a los jigantes soles que tachonan el firmamento; por todas partes se encuentran, como acá en la Tierra, grupos que el astrónomo llama físicos, que no son otra cosa que brillantes mundos que van eternamente enlazados por las leyes inmutables de la atraccion universal, pero, que nosotros las llamaremos las misteriosas i divinas leyes del amor.

✣ ¿Quereis saber la verdad acerca de esa eterna serenidad de los cielos? Pues bien, suponed levantados cuanto grano de arena haya en los desiertos africanos i dadles toda la velocidad que quepa en vuestra mente i tendreis una imájen de lo que son los serenísimos cielos, o sea, esa quietud infinita en que aparece cada sol.

✣ Imitemos al padre Sol, que en sus arcas no tiene ni un grano de oro, de plata, ni aun de cobre i, sin embargo, bastan las caricias que envia a la Tierra envueltas en luz i dulce calor

para conservar la vida i la alegría en todos los hijos de este mundo, tan ávidos de esos terrestres metales.

✣ Hasta en el cielo, o sea, en las cristalinas bóvedas del estrellado firmamento, no faltan nubes, como acá abajo, tales son las dos nubes magallánicas.

✣ Entre los habitantes del cielo, o sea, entre las estrellas, hai verdaderos matrimonios, que, adoptando el idioma astronómico, llamaremos matrimonios físicos que consisten en dos estrellas o en dos celestes cónyujes que eternamente viven amarrados por las simples leyes de la gravitacion universal. Un ejemplo. La hermosa Sirio, la mas bella estrella del cielo i la Alfa del Centauro, la estrella mas cercana de la Tierra, son estrellas dobles como quien dice casadas civilmente.

✣ ¿Por qué se esconden las estrellas a la salida del Sol? Porque éste las sorprende de trasnochada, pálidas i desgreñadas.

✣ ¡Quién creyera que la infeliz Luna, hija de la Tierra, va por los espacios rodando enteramente desnuda, espuesta al frio intenso del éter cristalino de 50 grados bajo cero i a las miradas indiscretas de todo el firmamento, i no como su madre tierra, envuelta en su magnífico manto atmosférico de brillante color azul, donde los rayos del Sol se esmeran en bañarla de las bellas luces crepusculares, de los arco-íris i de las auroras polares!

✣ La luz mas hermosa que haya podido alumbrar la tumba de un muerto, es aquella que placenteramente derramaria el prodijioso cometa de 1759 sobre la losa funeraria del grande astrónomo Halley. Esa luz caida del cielo, era la del deslumbrador cometa llamado de 1682, que reapareció 77 años mas tarde, en 1759, anunciado por la palabra profético-científica de Halley, a quien sus contemporáneos llamaron loco, porque se atrevia a anunciar, como por boca de una divinidad, el dia preciso de la reaparicion de uno de esos astros cabelludos de tan

misteriosa existencia. En ese dia la losa funeraria del grande astrónomo debió estremecerse i reverberar como si fuese de oro o de diamante.

✠ Parentescos de la Tierra—Es hija del Sol, madre de la Luna, hermana de Mercurio, de Vénus, de Marte, de Júpiter, de Saturno, de Urano, de Neptuno i de las pequeñuelas llamadas planetoides; tia de las dos lunas hijas de Marte, de las cinco hijas de Júpiter, de las ocho de Saturno, de las ocho de Urano i una de Neptuno; i en fin, sobrina de las estrellas.

¿I el hombre que es hijo de la Tierra, cuál es su parentesco con los astros del cielo?

✠ Las pupilas del cielo son las estrellas i las pupilas humanas son las estrellas de la Tierra.

✠ El cielo estrellado es como el arca de Noé, pues allí hai un ejemplar de cada especie de animales, entre ellos hai una cabra, un toro, un cordero, un cangrejo, un zorro, un palomo, una liebre, una hidra, un gato, dos perros, dos osos, un escorpion, una serpiente, un centauro, un cisne, una grulla, una ballena, un cuervo, una ave del paraiso, un fénix, un lagarto, un dragon, un leon, un caballo, un pato, un delfin, una águila, una mosca, un pescado, un camaleon, una jirafa, un reno...; sin perjuicio de todo un arsenal o museo de toda clase de instrumentos, como sestantes, flechas, escudos, un octante, una cruz, una máquina eléctrica, un hornillo, un caballete, un romboide, un rectángulo, un reloj, un timon, un taller de tipógrafo, un triángulo, un cetro, un corazon, un tahalí, una corona, una cabellera, un telescopio, una maza, un cuarto de círculo, una lira, una arpa, una balanza, un microscopio, una brújula... I en fin, en lugar de Noé i su familia, allí van las dulces Hiadas, las brillantes Pléyades, el jigante Orion, la Vírjen, los dos hermanos jemelos Cástor i Pólux...

✠ Se dice con frecuencia: esto es tan difícil como tomar una estrella con la mano; i sin embargo, el astrónomo las atrae a

su espectroscopio i las analiza, tal como un químico estudia una piedra que tiene entre sus manos i averigua si tiene oro, plata, cobre o cualquiera otro metal.

✣ Debajo de la bóveda del cráneo, alumbra el sol de la razon i de la intelijencia.

✣ La luz física i la luz intelectual, son las únicas viajeras entre el cielo i la Tierra.

✣ Esplayando el gran pensamiento de Pascal, que el centro del universo está en todas partes, se puede decir tambien, que el misterioso infinito está en todas partes.

✣ Las celestiales Pléyades, son como princesas encantadas que, por millares moran en los abismos mas profundos de los palacios del cristalino éter i custodiadas por el celeste Toro, cuya roja pupila derecha, llamada la estrella Aldebaran, está eternamenre fija allí, donde por concesion especial del destino, solo se dejan ver las siete encantadas princesas Taygete, Merope, Aleyone, Cetaeno, Electra, Asterope i Maïa.

✣ Un colmo es navegar en el rio Eridano i pasearse por la Via-láctea montado en el caballo Pégaso.

✣ Un colmo seria verle la espalda a la Luna.

✣ ¿Será un colmo que un mundo, un Sol se incendien? Nó, porque del Sol *T* de la Corona Boreal, el año de 1866, un rayo de su luz trajo la noticia de su incendio i es hoi un Sol muerto.

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3023921107
0 5917 3023921107